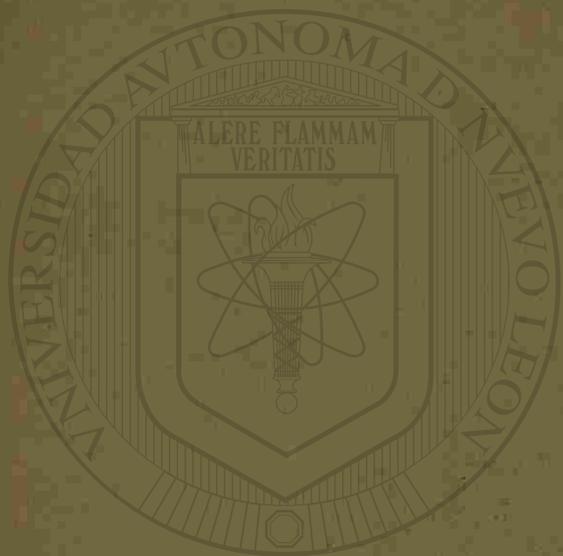


25
CIC

LIBRARY

REGINA

PQ2325
.R4
S6
1887



UANIL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



REGINA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Núm. Clas. N
Núm. Autor 2227
Núm. Adq. 30398
Procedencia 8-
Precio CA
Fecha _____
Clasific. 629
Cotejador _____

REGINA

POR

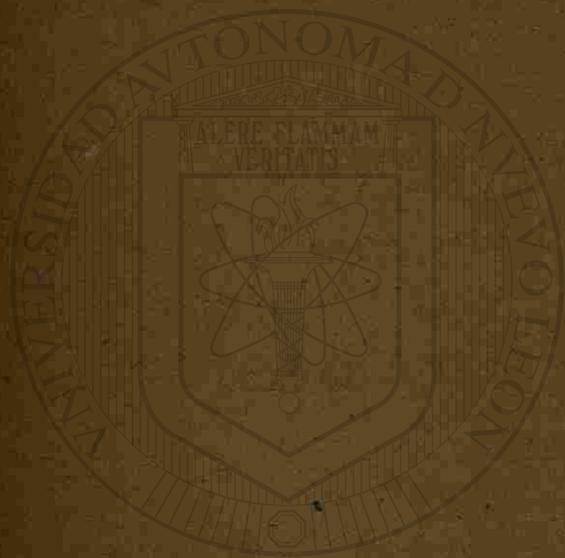
A. DE LAMARTINE

VERSIÓN CASTELLANA

POR

JOSÉ FEITO GARCÍA

SEGUNDA EDICIÓN



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

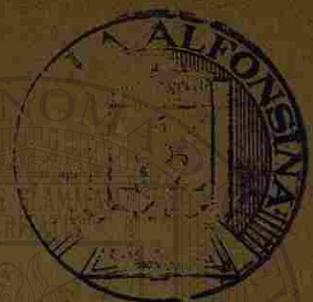
1887

099475

30393

843
L.

PQ2325
124
56
1887



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REMES
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

I.

HABÍA en el cuerpo del cuartel militar del rey, donde mi padre me hizo servir algunos años, un joven bretón, cuya belleza, juventud y cordialidad fuerte y sencilla, carácter de esta noble raza, me habían atraído. También él se sintió instintivamente atraído hacia mí. Estábamos en esa época de la vida en que las amistades se funden pronto; no se razona á sus atractivos. Se ve, se gusta, se habla, se confía recíprocamente sus pensamientos; si están conformes, se aíslan juntos en la muchedumbre, se

alejan con pena, se encuentran con placer ó felicidad, se buscan, se aficianan y siendo dos se hacen uno. Así era como yo estaba ligado fraternalmente con este camarada de vida. Teníamos los mismos gustos militares y literarios, el mismo sentimiento de la poesía, las mismas atracciones hacia la poca soledad que nos permitía la vida de guarnición en provincias ó de cuartel en Paris, las mismas costumbres de familia, las mismas opiniones de nacimiento. Él me hablaba de su mar, yo de mis montañas. Saliendo de la manobra, dábamos juntos largos paseos pensando siempre en los verdes valles, oscuros y monótonos de la trivial Picardía. Algunos meses después nos tratábamos como hermanos; él sabía todos mis secretos, yo todos los suyos; no hubiese sido considerado como extraño en su familia, si la suerte ó la desgracia me hubiera hecho ir á la puerta de su

casa; y él habría igualmente reconocido á mi padre, á mi madre y á mis hermanas por los retratos que le hice de ellos.

El padre de Salustio había emigrado á Inglaterra con su mujer, su hijo y su hija, todavía en la cuna, después de los reveses primeros de la Vendée. Sus bienes fueron confiscados. Un tío suyo, eclesiástico, viejo, rico y provisto de un empleo importante en Roma, en la cancillería del Vaticano, llamó á Italia al padre de Salustio y á su familia. Se establecieron en Roma. El tío se murió dejando su palacio, una quinta cerca de Albano y una fortuna considerable en dinero á su sobrino. Este sobrino, padre de mi amigo, se había, así, completamente desnacionalizado: se había vuelto romano. En el momento de la entrada de los Borbones en Francia, púsose en camino para venir á reivindicar su patria, su título y la recompensa de su

destierro. Dejó en Roma á su mujer y á su hija; trajo á París á su hijo y le colocó en el mismo cuerpo donde yo había sido colocado por mi padre. De allí fué á Bretaña, recuperó los bosques no vendidos y compró á bajo precio, á un adquiridor que no se consideraba sino como depositario, el viejo castillo de sus padres. La muerte le aguardaba en el sitio de su nacimiento. Cazando con antiguos camaradas en sus bosques paternales, tan felizmente recuperados, cayóse su caballo y le precipitó contra uno de los robles de un paseo. Salustio fué á rendir los últimos deberes á su padre, á tomar posesión de la mitad de su herencia; después volvió á despedirse de mí en Beauvais, y de allí partió, para reunirse con su madre y su hermana, á Roma. Su marcha me dejó profundamente triste, y esto fué una de las causas que me hicieron bien pronto abandonar el

oficio de soldado, fastidioso en tiempo de paz. Pero como yo, su joven compatriota, había sido su primera amistad, esta amistad había también arrojado una profunda raíz en su corazón. Mi recuerdo formaba, desde entonces, parte de su vida. Teníamos una correspondencia interesante; vivíamos verdaderamente en dos lugares á la vez, él donde yo estaba, yo en Roma con él. Esta correspondencia formaría un volumen, y demostraría en este joven, mezcla de bretón y de romano, una de esas naturalezas mixtas, curiosas de estudiar, heróica y valiente por el corazón, artista y contemplativa por el sentimiento: dos patrias encarnadas en un mismo hombre. Este contraste era lo que me atraía hacia él, porque yo encontraba de ello un débil reflejo en mí mismo. Las grandes naturalezas como la suya son dobles. Dad dos patrias á un niño, le daréis dos naturalezas.

Júzguese por los fragmentos de las cartas de Salustio que han escapado á los azares de los años y que he encontrado colocadas en el viejo armario de la biblioteca de mi tío, donde yo las arrojaba después de haberlas leído y releído.



II.

Todo esto era necesario decirlo para hacer comprender uno de los viajes inadvertidos y una de las desapariciones más misteriosas de mi juventud. Locura ó abnegación, poco importa; lo que es hecho, hecho está; lo que se ha dicho, dicho queda. Las confidencias son las confesiones de la amistad, y á la amistad corresponde también absolverlas.





III.

UNA tarde de los últimos días del mes de Julio, entrando á caballo, mi fusil en bandolera sobre mis hombros, en la gran pradera desierta que se extendía entre dos «quinconces» (1) de tilos ante la puerta del castillo de mi tío, quedé muy sorprendido al encontrarme con un postillón del vecino correo Pont-de-Pany, que entregóme una carta muy compacta,

(1) Disposición de un plantel puesto á distancias iguales en línea recta, que presenta muchas calles de árboles en diferentes sentidos; también se le da el nombre de *trabalillo*. (N. del T.)

escrita en la posada del pueblo, pidiéndome contestación.

Sin bajarme del caballo, abrí la carta y la leí. Estaba en italiano, idioma que mi larga estancia en Italia me había hecho tan familiar como mi lengua materna. Hé aquí la traducción:

«Dos señoras procedentes de Roma, informadas por el Conde Salustio*** de que su amigo está en el castillo de Urcy, le ruegan tenga la amabilidad de venir á Pont-de-Pany, donde le aguardan en la posada, no teniendo más esperanza que en él. El nombre, quizás, no le será desconocido; pero están convencidas de que su calidad de extranjeras y fugitivas bastará para asegurarles su interés y su bondad.

CONDESA LIVIA D***
Y su nieta, PRINCESA REGINA C***.»

—x—

IV.

RECONOCÍ en seguida los dos nombres que llenaban las cartas de Salustio. Solamente que no me daba yo cuenta de su llegada á Francia, de su estancia en una posada campestre, en un camino indirecto á Borgoña, y por último con el título de fugitivas como aquellas añadían en su escrito. Mi tío, á quien las campanillas del caballo del «postillón» habían atraído á la puerta del vestíbulo, se sonreía con finura y bondad al ver mi fisonomía asombrada y la atención con que yo leía y releía aquella carta.

—Nada de misterios conmigo,— me dijo chanceándose buenamente,— los héroes romanos tienen siempre necesidad de un confidente. Conocí en mi tiempo ambos papeles. No pienso sea el primero el que vengan á ofrecerme esas maravillosas bellezas errantes, de las que el postillón ha hablado bebiendo su vaso de vino; tú quieres darme el segundo, seré discreto, es la virtud de la indulgencia.

—Os juro— le dije,— que no hay en esta carta ningún misterio que me concierna. Reprocháis á menudo mi melancolía y sabéis la causa. Mi corazón es incapaz de corregirse por ningún encanto en la tierra.

Me mostró con un dedo el tilo enorme y espeso bajo cuya sombra había parado mi caballo.

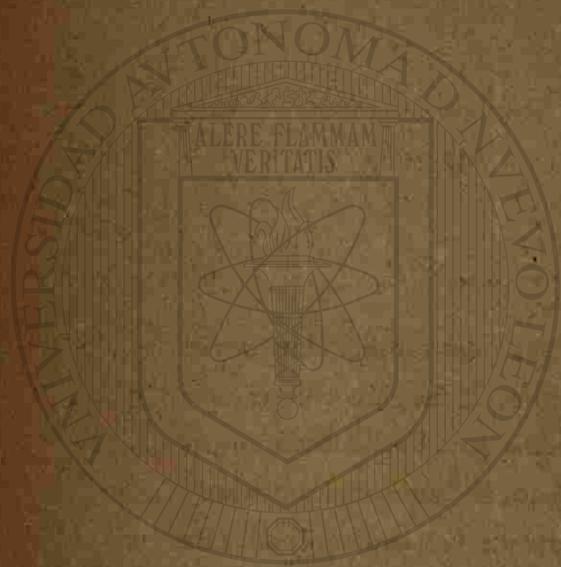
—Mira bien este tilo— me dijo— es más viejo que tú, ¿no es esto?

—Sí.

—Pues bien, le he cortado cinco veces en veinte años, y tiene más savia y más ramas que cuando llegué aquí.

—Sí,— le respondí tristemente;— pero esto es un árbol y yo soy un hombre. Ensayad á hendirle la corteza y quemarle la médula y ¡ved si reflexiona!

Entramos hablando y chanceando de este modo, él de buen humor, yo gravemente. Envié al postillón con un billete, diciendo que el nombre de mi amigo Salustio era un talismán para mí, y que yo bajaría casi tan pronto como el mensajero á la posada. No me entretuve más que el tiempo de volver á montar á caballo, y galopé por un sendero de los bosques que abreviaba la mitad del camino, para llegar antes de la noche á Pont-de-Pany.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
"ALERE FLAMMAM VERITATIS"

V.

DESCENDÍ del caballo. Un correo italiano, de magnífica librea, me condujo por el patio hacia un pabelloncito aislado, lindante con los prados y formando parte de la posada. Tenía esta dos ó tres habitaciones para los viajeros de distinción que la noche sorprendía á menudo en aquel sitio, al pie de la montaña de Sombernon, donde no era grato aventurarse en las tinieblas. El correo me anunció á una criada ó nodriza vestida como las aldeanas de Tívoli, traje que me hizo latir el cora-

zón, porque me recordaba á Graziella. Aquella mujer, ya de edad, me abrió la puerta del aposento de sus amas, y entré.

Exhalé un grito, entrando y apercibiendo la radiante hermosura de la joven princesa que se levantó para recibirme. ¡Qué razón tenía mi tío al afirmar que, si el corazón crea algunas veces la belleza, esta también es capaz de crear un nuevo corazón que quede envuelto en destellos semejantes! Es preciso que intente á lo menos describir la escena, que nunca se ha borrado de mi imaginación á pesar del tiempo transcurrido.

El cuarto era vasto, amueblado como de posada de pueblo, con dos grandes lechos de cortinas azul-cielo, bancos de madera, cajones de coche, chales y mantas de viaje, cubiertos de polvo y arrojados sobre las sillas ó la alfombra. Una sola ventana dejaba ver la ancha extensión de las praderas; los últi-

mos rayos del sol alumbraban el cuarto y las figuras con ese fulgor polvoroso y cálido que parece una lluvia de oro sobre la cima de los árboles y de los horizontes. Ese fulgor caía, á través de la cortina azul entreabierta, en diadema radiante sobre la parte superior de la cabeza, sobre el cuello y sobre los hombros de la joven. Era alta, esbelta, atrevida en sus maneras; pero sin ninguna de esas fragilidades demasiado delicadas ni de esas flaquezas cenceñas que despojan de su encarnación á las jóvenes de 16 á 18 años en nuestros climas tardíos del Norte. Su talle, sus brazos, sus hombros, su cuello, sus mejillas, estaban revestidos de esa redondez del mármol que dibuja la plenitud de la vida en la estatua de Psychis, de Canova. Nada se inclinaba, aunque todo era ligero y aéreo en su talle. Era el aplomo, sobre la punta del pie, de la bailarina que eleva sus brazos

para tocar las castañuelas sobre la arena de Castellamare. Estaba vestida de seda negra, como todas las italianas de aquel tiempo. No tenía, sobre este sencillo traje, ni chal ni fisú que escondiesen sus hombros ó que impidiesen al tejido apretado de seda dibujar, como un vestido húmedo, los contornos de su cuerpo. La falda era corta, como si la que la llevase hubiera crecido desde que fué hecha; dejaba dibujar y reposar sobre la alfombra dos piés un poco mayores y algo menos esbeltos que los de las francesas. Estos piés no llevaban botas; flotaban en libertad en unas chinelas de tafete amarillo, revestidas de pajuelas de acero y bordadas por ribetes de diversos colores. Su cuello estaba enteramente desnudo; una gruesa camelia sostenida por una cinta de terciopelo negro, realzaba sola su brillante blancura. Fuera efecto del sol rozando su frente desde

lo alto de la ventana, fuera efecto de la emoción y del pudor con que la presencia de un desconocido, y lo que tenía que decirme, la agitaban de antemano, fuera naturaleza inundada de vida, toda la coloración de su persona parecía haberse concentrado en su rostro.

Cuanto á la expresión de sus ojos, de un azul tan oscuro como las aguas de Tívoli en su abismo, de su boca, cuyos pliegues graves y un poco pesados parecían á la vez envolver y desarrollar su alma, de aquella dulzura que arrojaba, y de aquella verdadera majestad que tenía dirigiéndose hacia mí, no trataré jamás de describirla. La luz no se describe, se la siente. Una redecilla de seda carmesí, como la que llevan las mujeres del Mediodía en su cabeza cuando van de viaje ó están en casa, envolvía sus cabellos. Pero las anchas mallas de la cofia, desgarradas en

muchos sitios por el roce del carruaje, dejaban escapar bucles espesos, aquí y allá, y dejaban ver su flexibilidad y su color. Estos cabellos eran rubios, pero de ese tinte que recuerda el tallo de la paja de trigo calcinado y bronceado por el mes de la canícula en las llanuras de la campiña de Roma; rubio que es un reflejo de fuego sobre las cabelleras del Mediodía, como es un reflejo de hielo sobre las cabelleras del Norte. Sus cabellos, á su extremidad, cambiaban de color como los de los niños; sujetos al final de su cabeza, bajo la redecilla, por una cinta de fuego, formaban una especie de diadema natural, sobre la cual brillaba el sol. Tal se adelantaba hacia mí la princesa Regina. Yo no supe si había más deslumbramiento que ternura en sus facciones. Quedé inmóvil y como asfixiado de admiración.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Aedo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI.

A lado de ella, sobre un colchón extendido en el suelo y cubierto por una piel blanca atigrada de negro, reposaba, la cabeza apoyada sobre un codo, una mujer de edad envuelta en un manto de terciopelo oscuro. Su rostro, aunque afectado y plegado por grandes arrugas sobre sus mejillas y hacia la barba, conservaba la impresión de una gran belleza desaparecida, pero que deja su sitio visible todavía en la figura.

Una nariz modelada como por el cincel de un escultor; unos ojos negros, grande-

mente rasgados bajo las arcadas de las cejas; una boca plegada en ambos bordes, pero cuyos labios guardaban grandes rasgos de gracia y fuerza; unos dientes de nácar; una frente ancha y mate, dividida por la sola arruga del pensamiento; bucles de cabellos negros, apenas veteados de blanco, saliendo á grandes ondas de una redecilla oscura, y enroscados como culebras sobre el hueco de sus sienes; un aire lánguido y enfermizo en los tintes de la piel, en la apatía de las posiciones y en el timbre hueco y cascado del acento: tal era la Condesa Livia D***, abuela de la joven.

Se levantó con esfuerzo sobre el codo á mi aparición en el cuarto: seguía con la vista la fisonomía y los movimientos de su nieta, como si la una hubiese sido el pensamiento, la otra la acción y la voz de aquella escena. Veíase que toda el alma de la abuela no estaba en ella, sino en su nieta.

VII.



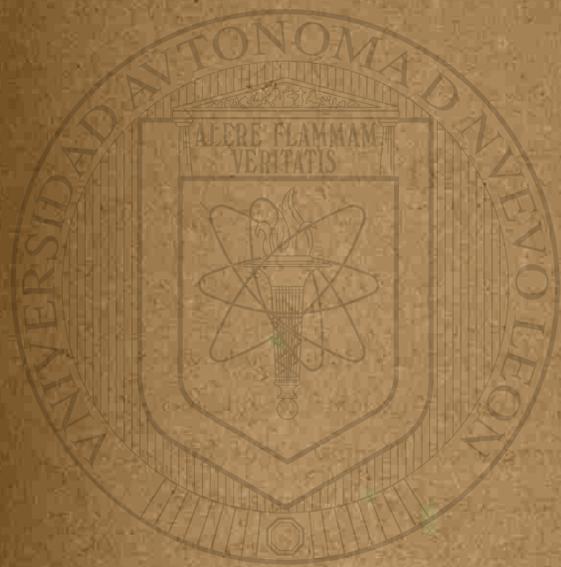
ABALLERO,—me dijo en italiano la joven, con voz temblorosa y con timbre tan sonoro y tan perlado, que creíase, escuchándola, oír correr perlas en una taza,—soy la Princesa Regina, y hé aquí á la Condesa Livia, mi abuela. Sé por el que es vuestro amigo y para mí todo..., que el nombre de Salustio basta para toda presentación de V. á nosotras y de nosotras á V. Sabe V. nuestra vida por sus cartas; conocemos á V. por las suyas; no tiene secretos para nosotras; V. no los tiene para él.

Nos conocemos, pues, aunque no nos hayamos visto nunca, como si yo fuera Salustio y como si V. fuera yo. Suprimamos el tiempo y las ceremonias entre nosotros,—añadió aproximándose vivamente hacia mí como si hubiese sido mi hermana, y, tomándome la mano entre las suyas, tan bellas como temblorosas,—seamos tan amigos en una hora como si lo fuéramos hace diez años. ¿De qué sirve el tiempo,—dijo todavía con un pequeño gesto de impaciencia en que brillaba la energía de su voluntad,—de qué sirve el tiempo si no sirve para amarse más pronto?

Dicho esto, enrojeció como un carbón sobre el que el viento acaba de soplar en el hogar que vive. Sonreí, me incliné, balbuceé algunas palabras de placer, de devoción, de servicios á toda prueba y de amistad para Salustio, que había tenido razón de ver en mí á otro como él. La anciana señora hacía,

á todo lo que decía su hija y á todo lo que yo respondí, movimientos de cabeza de aprobación y exclamaciones de asentimiento. Regina se colocó á sus piés, al borde del colchón, y yo tomé una silla, en la que me senté á cierta distancia de aquel admirable grupo.





VIII.

Rues bien, vamos á decirlo todo en dos palabras,—exclamó Regina levantando sus hermosos ojos húmedos hacia mí, como para interrogarme ó doblegarme.—Pero desde luego,—replicó interrumpiéndose, como si hubiese cometido una ligereza,—¡qué loca soy!—dijo,—tengo una carta para V. y ¡no se la he dado!

Diciendo esto sacó de su seno una hoja de papel plegada por la mitad, y me la entregó, caliente aún por su vestido. El papel

no estaba sellado, le abrí. Reconocí la mano de Salustio y leí:

«Fortaleza de***, Estados romanos.

La que te entregará este papel es más que mi vida. Estoy preso; pero me sentiré libre si al menos lo fuese ella. Va á Francia á esconder su existencia y su nombre. No puedo dirigirla más que á ti; escóndeme mi tesoro, y sé para ella lo que hubieras sido para tu amada.

SALUSTIO.»

No quedé de ningún modo sorprendido de esta carta, ni de la prisión de Estado en que estaba fechada. Las cartas precedentes de Salustio me habían preparado bastante para alguna catástrofe de este género. Sin embargo, hice una exclamación de dolor más que de asombro.

—¡Ay! sí—dijo la anciana,—¡salvándonos se ha perdido él! Pero, ¡paciencia! el proceso se juzgará; tengo amigos todavía entre los jueces. La justicia triunfará, no dudo de ello.

—¡Y el amor!—exclamó la joven besando un retrato que se hallaba incrustado en un brazaletes del brazo de la condesa, y en el que reconocí á Salustio.

Entonces me contaron, una después de otra, y á menudo las dos á la vez, el desenlace de una pasión de la cual yo conocía ya todas las fases por la correspondencia de mi amigo. Torrentes de lágrimas fueron vertidos durante aquella relación por las dos extranjeras. Yo, apenas podía contener las mías. Concluyeron por implorar mis consejos, mi dirección y mi apoyo, durante el destierro al cual las condenaba su infortunio. Si el cariño y la piedad no hubieran bastado

para encomendarme la más absoluta devoción á su suerte, la maravillosa hermosura de Regina no me habría dejado ni siquiera la facultad de titubear. Su mirada, su voz, su sonrisa, sus lágrimas, el torbellino de seducción con el cual arrastraba y subyugaba todo lo que se acercaba á ella, no me hacían sentir sino la dicha de entregarme al mismo tiempo á un deber y á una atracción. No me hallaba enamorado; el estado de mi alma, el deber hacia mi amigo cautivo, habrían hecho un crimen del solo pensamiento de amarla. Pero yo estaba mucho más que enamorado. Sus miradas habían absorbido mi voluntad. Me había sentido penetrar en aquella atmósfera de destellos, de languidez, de fuego, de lágrimas, de esplendor y de melancolía, de claridad y de sombra, que envolvía aquella maga de 20 años. La hubiera seguido involuntariamente, como la

hoja seca al viento que corre. Un amigo, un salvador, un hermano, un complaciente, un esclavo, un mártir, una víctima voluntaria, todo podía hacer de mí, todo, ¡excepto un amante!

Lo quiso y lo hizo.

Comí con las dos extranjeras, quedé mucho tiempo todavía después á la ventana que daba á los prados y que alumbraba una hermosa luna, hablando en voz baja con Regina de su amor y de mi desgraciado amigo. Su abuela, enferma y siempre echada en el colchón, gemía y suspiraba en la sombra del cuarto ante la horrible perspectiva de morir en el extranjero, ¡dejando á su nieta á merced del destierro ó de la tiranía que quería oprimir su corazón! Yo la consolaba con la esperanza de la libertad, que sin duda darían bien pronto á Salustio, y por mis protestas de consagrarme á su infortunio pasa-

jero. Rodaron diferentes ideas en nuestros espíritus, sin fijarnos en ninguna. Ultimamente las persuadí descansasen toda la mañana del siguiente día en Pont-de-Pany, para que dicho descanso diese fuerzas á la condesa; les prometí volver por la tarde á ponerme á sus órdenes para seguirlas allí donde hubieran decidido irse á establecer. Dije á la anciana me mirase como á un hijo y á Regina se fiara en mí como en un hermano. Encontrando en mis labios las palabras y el acento de su patria, que yo conservé desde mi larga estancia en Roma, creían hallar su cielo y naturaleza. Me despedí de ellas y volví á subir lentamente, con la vista ofuscada, el oído zumbante, el corazón turbado, las profundas y siniestras gargantas que serpentean de Pont-de-Pany al castillo de Urcy. Mi tío dormía ya hacía bastante tiempo.

IX.

UANDO se despertó, le conté la escena de la víspera y la resolución que había tomado de consagrarme á las dos extranjeras. Hizo ademán como de creerme, pero yo veía bien en sus sonrisas que en el fondo no me creía tan desinteresado con aquel encuentro, como lo estaba efectivamente. Fuese lo que quisiera, no se enfadaba nunca por nada; era la indulgencia por naturaleza en la reflexión, sobreponiéndose á la inutilidad de las severidades.

—Haz lo que quieras— me dijo— hé ahí

el cajón de mi «secrétaire;» toma de él con mesura, pero con libertad. Si es un amor, el tiempo lo curará; si es una amistad, lo podrá cambiar muy bien. Tú eres muy joven para ser el tutor de una mujer tan bella como pintas á tu italiana; guarda bien tu corazón; ¡nunca está más cerca de despertarse que cuando duerme!

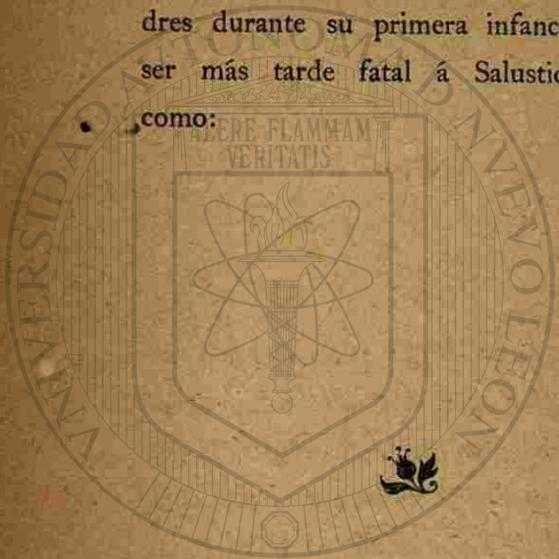
Lo afirmé: tenía miedo hasta del nombre de amor. Le enseñé algunas de las cartas de Salustio. Le volví á contar toda la historia de la pasión de aquellos dos corazones predeterminados, por decirlo así, el uno para el otro.

Pero me apercibo demasiado tarde, recogiendo y completando estas notas, que no he dado á conocer la historia de estos dos amantes. Voy á restablecerla aquí, gracias á las cartas de Salustio, que existen casi todas en el gran cofre de papeles que he traído de los restos de la biblioteca de Urcy.

X.

E dicho que los padres de mi amigo habitaban en Roma desde la conclusión de la guerra de la Vendée; tenían un hijo y una hija. Eran ricos; estaban atenedos á los Estados romanos por su palacio de Roma, y por tierras de grande extensión, pero de poca renta, en los Abruzzos. Sus hijos eran poco más ó menos de la misma edad. La hija llamábase Clotilde. El hermano y la hermana se parecían como dos gemelos. Este parecido, que había sido á

menudo el encanto y la alegría de sus padres durante su primera infancia vino á ser más tarde fatal á Salustio. Véase como:



XI.

UANDO su hija Clotilde hubo llegado á la edad de doce ó trece años, los padres de Salustio la pusieron en uno de aquellos numerosos conventos de Roma, de donde las hijas de las casas nobles de Italia no salían más que para casarse. El convento, resto de un gran monasterio de monjas, reducido por la revolución á un pequeño número de religiosas, no contaba más que tres ó cuatro de ellas, viejas y enfermizas, y siete ú ocho jóvenes de las grandes casas del Estado romano. Dos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1910. 1625 MONTERREY, MEXICO

30398

solamente, de entre estas alumnas, llegaban á la adolescencia; eran Clotilde y Regina. Las otras eran niñas de siete á ocho años. Esta aproximación de edad y aquella diferencia de patria, en medio del aislamiento que la superioridad de los años creaba entre las dos jóvenes, debían, por naturaleza, acercarlas más estrechamente. No tardaron en contraer una de esas amistades apasionadas que hacen el encanto y el consuelo de las soledades, donde los corazones nuevos encuentran otros corazones como ellos para recibir y cambiar sus primeras confidencias.

El convento estaba situado en el barrio inmenso y desierto de la Longara, que se extiende de Transtevero hasta detrás de la columna de San Pedro. Es una calle sin fin, cuyas fachadas son, alternativamente, palacios, monasterios ó casas de un aspecto miserable,

en otro tiempo habitadas por numerosas familias pobres, relacionadas por sus funciones á los altares, á las sacristías y al cuidado de la Basílica, capital del catolicismo. En el tiempo de que hablo, estas casas parecían desiertas ó pobladas solamente de viejos, de pobres mujeres y de indigentes. Entrando en aquella calle, de la que se comprendía el antiguo esplendor por algunos frontispicios admirables de iglesias, y por la arquitectura deteriorada de algunos grandes palacios, se experimentaba una de esas impresiones que no se conocen mucho en el Norte de Europa, una tristeza oriental, una melancolía en la luz, una consternación resplandeciente que oprime el corazón sin que se sepa por qué. Era el contraste de un cielo azul y limpio como el lapizlázuli, reverberándose sobre tejas rojas y ardientes empedrados, en una soledad y en un silencio que daban al

día algo como la vaga inmensidad y el terror de la noche. He tenido, á menudo, que recorrer de una extremidad á otra esta larga avenida de paredes brillantes en medio del día, sin distinguir á un solo sér moverse en toda su extensión y sin oír un solo paso resonar sobre su pavimento. Algunos gatos lastimeros atravesando precipitadamente la calzada y deslizándose de una guardilla á otra; un asno abandonado y cargado con su albarda, paciendo hierba de entre las hendiduras del umbral de los palacios; de vez en cuando una de las maderas de los balcones, todos uniformemente cerrados, abriéndose, empujada por el brazo desnudo de alguna mujer invisible, después cerrándose sin ruido en el vacío ó sin interrumpir el silencio que existía; largas cuerdas tendidas de una ventana á otra, en donde las lavanderas extienden su ropa sucia y las pobres madres

sus harapos, para secarlos al sol; en el fondo de la calle, las largas sombras llevadas de la columnata de San Pedro, parecidas á las oscuridades de un bosque misterioso de piedras; y, por encima, en el cielo, la cúpula, descollando sobre el fondo del firmamento su conjunto, sus galerías aéreas, y su última balaustrada bajo la cruz; parecía el balcón del palacio de un dios: hé aquí la austera fisonomía de este barrio de Roma. Si una de aquellas puertas se abre cuando pasáis, y echáis una mirada al interior de aquellos edificios, veréis grandes patios en donde el sol cae sobre las losas del suelo, sobre las conchas de las fuentes ó los mármoles de las estatuas introducidas en los nichos de las fachadas; y en el fondo del patio, grandes jardines en pendiente rígida, cortados por graderías de mármol y plantados generalmente de altos cipreses, que se extienden como en

el jardín papal del Vaticano hasta los muros de ladrillos mellados y tapizados de yedra de las defensas de Roma. Tal era la Longara.



XII.

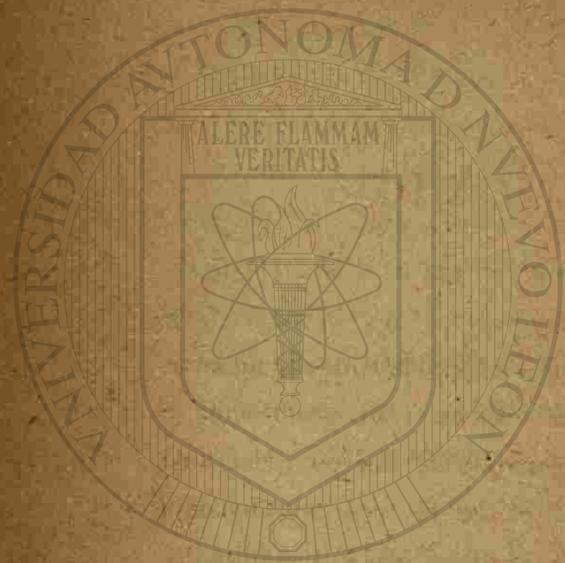
EL convento, que he visitado después con Salustio, no consistía más que en una gran casucha baja, calada por siete ú ocho ventanas de semicírculo, enrejadas de hierro, con una gran tapia, abierta solamente por una puertecita que impedía apercibir la calle. Detrás de este ala deteriorada del antiguo monasterio, veíase un montón de ruinas, cubierto hasta la mitad por vegetaciones parietarias, algunos muros todavía en pié, agujereados, y grandes ventanas sin marcos por las que

se descubría el cielo; un jardín casi inculto subía por detrás de las ruinas del convento demolido hacia las murallas en ancha avenida, antiguamente empedrada, ahora tapizada de altas hierbas secas; bajo los mismos muros, otra avenida transversal y casi siempre en la sombra, serpenteaba siguiendo la curva de los baluartes. Había, á los dos extremos, una estatua de santa, enverdecida por la humedad de las yedras y de los musgos de la muralla. Era el paseo habitual de las religiosas y de las jóvenes reclusas del convento arruinado. Descendiendo hacia la calle, apercibíase un largo claústro exterior, cuyo techo en forma de terraza, sostenía columnitas de mármol blanco. Dicho claústro servía de camino á una capillita de hermosas piedras amarillas como las de San Pedro de Roma. Dos ángeles de mármol negro, semi-echados

sobre la cornisa de la fachada principal y tendiéndose los brazos, como para ayudarse á llevar un peso, unían sus manos para elevar un cáliz. Las puertas-ventanas de las celdas de las religiosas y celdas de las dos alumnas de mayor edad, abríanse sobre la terraza, cerrada por el techo plano del claústro. Una estatua de la Virgen, teniendo su niño como para amamantarle, sostenía, bajo el claústro mismo, una fuente alimentada por una derivación de la inmensa cascada de Aqua Paulina que, murmurando día y noche, bajo las bóvedas, llenaba aquella soledad con el único ruido de existencia que se oyó en aquel silencio de los vivos.

Tal era el monasterio habitado por las dos amigas.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIII.

AUNQUE Clotilde tenía algunos meses más de edad que Regina, el desarrollo del cuerpo y del alma, más rápido en las jóvenes del Mediodía, aunque estén desarrolladas á la sombra, había borrado toda distancia entre ellas. Sus ideas y sentimientos estaban al mismo nivel que sus frentes. Apenas pasaron algunas semanas juntas, cuando sus nacientes impresiones se cambiaron entre ellas, como entre dos hermanas que se hubieran sustentado de la misma leche en el seno de una misma

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
4000. 1925 MONTERREY, MEXICO

madre. Sus familias, sin estar en relaciones de sociedad habitual, se conocían de nombre y se hallaban en los mismos salones de cardenales ó príncipes romanos. Cuando la madre de Salustio venía á visitar á Clotilde al locutorio, pedía ver también á Regina. Cuando la abuela de Regina, la condesa Livia, venía, más frecuentemente aún, á pasar largas horas con la superiora y con la hijita, no dejaba nunca de llamar á la joven francesa. Acostumbrábanse así, dentro y fuera, á considerarse como de una misma familia. La intimidad de una y otra aumentaba. Todo les parecía indivisible entre ellas, infancia y juventud, convento y mundo, educación y vida.



XIV.

Se ha visto, por el retrato de Regina á los 19 años, lo que debía ser su figura á los 14. En cuanto á Clotilde, no la he visto nunca; no conocía de ella más que los retratos que su hermano me hacía á menudo de su figura, y por el prodigioso parecido que tenía, decía, con él. Me la dibujaba como una joven más italiana por naturaleza y caracteres que Regina, con los ojos negros, frente pálida, cabellos lisos y oscuros, labios serios, expresión pensativa y firme; juiciosa ante la edad, triste ante el

dolor, elocuente ante la pasión, un presentimiento encarnado de la vida, del amor, de la muerte, la sombra de una estatua proyectada por el sol sobre la losa de una tumba del Vaticano. Su mirada, me decía, atravesaba lo que miraba; su palabra esculpía, por el contrario, aquello que había visto ó sentido. Se grababa asimismo en la memoria de los que le habían visto una sola vez, como si hubiera habido una maga en la joven. Pero esta magia, añadía, no era el terror, era el atractivo; se la adoraba mirándola.



XV.

ESTABA ya en el monasterio hacía algunos meses, cuando Regina fué llevada por su abuela para acabar su educación. Regina, mimada y adulada hasta allí por esta última, y espantada por el hábito y la vejez de las religiosas, se echó naturalmente por instinto en la idolatría de su sola compañera Clotilde. Las distracciones de los estudios de mujeres en un claustro semidesierto de Italia, no eran de naturaleza á ocupar mucho las imaginaciones activas de dos reclusas de su tiempo. Se sabe

lo que era entonces la vida de aquellos conventos: ceremonias religiosas más propias á fanatizar los sentidos que á edificar las almas, perfumes, cuadros, flores, cantos en la capilla, libros místicos, procesiones, rosarios sin fin y sin ideas, prácticas infantiles, costumbres austeras, recogimientos exteriores, meditaciones marcadas al reloj á diferentes horas del día; un poco de música y de poesía santa enseñadas á las alumnas por maestras afiliadas á la casa; lentos paseos en el recinto enclaustrado, largas soledades impuestas á las novicias en sus celdas; la distracción de algunas visitas de dignatarios de la Iglesia, protectores del convento; los sermones familiares de algunos predicadores célebres de la parroquia en cuaresma y los advientos; la monotonía en el vacío, la importancia en la nada, un sensualismo piadoso santificado por el misticismo: hé ahí la educación de Italia

y España entonces. No había noviciado más propio para anular todas las facultades razonables, y para encender ó extraviar una sola: la imaginación. También era el efecto ordinario de aquellas reclusiones de las jóvenes; piedad en las costumbres, vacío en el espíritu, pasión en el corazón. Tales salían de allí estas verdaderas orientales de Europa, para entrar con la ignorancia y la puerilidad de los cláustros, en la libertad y voluptuosidad de la vida.

Pero Clotilde, antes de entrar por circunstancia en este convento, á causa de una ausencia de su padre y una pesada enfermedad de su madre, había recibido ya, en la casa paterna, una educación muy superior á la sombra de educación enclaustrada. Sus padres, una institutriz traída por ellos de Inglaterra á Roma, la habían enseñado felizmente, y casi por encima de la medida de su

edad, todo lo que comprende en París ó en Londres, la educación de una joven perfecta. Había estudiado historia; había recibido los principios de las artes; había leído, por fragmentos, los grandes poetas traducidos de la antigüedad; hablaba tres lenguas sin haberlas estudiado más que por el uso; la francesa, la inglesa y la italiana. Había oído, en casa de sus padres, conversaciones serias de hombres distinguidos de las tres naciones, conversaciones que los niños no parecen escuchar, pero que retienen. Los mismos emigrados franceses eran atrevidos innovadores en comparación á las ideas y costumbres de la Italia enclaustrada. Clotilde, aunque piadosa como su madre, cerníase, aunque joven, sobre la ignorancia y puerilidad de las devociones de su claústro.

Había llevado al convento algunos tomos escogidos entre sus mejores libros de educa-

ción ingleses y franceses, que las religiosas romanas admitieron sin entenderlos, y en los cuales se instruía ó embelesaba, para preservarse de la ociosidad y del contagio de chismografías de aquel pequeño mundo secuestrado á toda idea. Su ejemplo y su conversación instruían más á Regina que las fastidiosas lecciones de las religiosas, ignorantes como niñas con cabellos blancos.

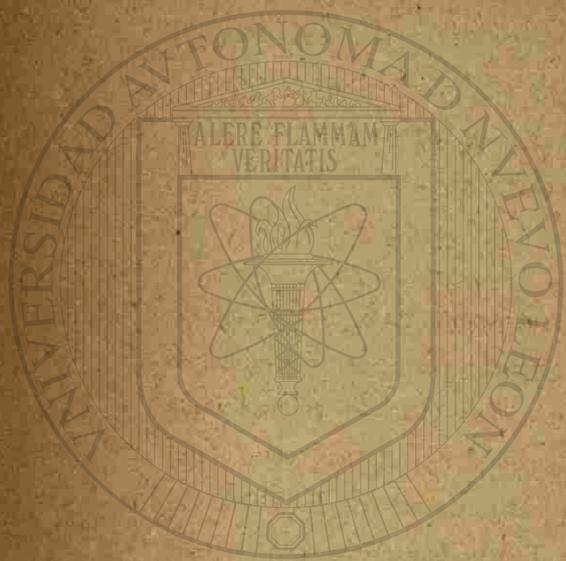
Clotilde experimentó por Regina, al primer golpe de vista, la misma inclinación natural que había sentido Regina hacia la joven francesa. La maravillosa hermosura de la italiana fué como un rayo de luz flotando sobre los muros de su celda; bien pronto su corazón siguió sus miradas. La hermosura, sobre todo cuando está compuesta de ese misterio que se llama encanto, no penetra solamente de la frente de la mujer á la mirada del hombre: impresiona con diferencia,

pero impresiona también los ojos y el corazón entre bellezas jóvenes del mismo sexo; produce en los hombres el amor, en las mujeres la admiración y la atracción del alma. La belleza es un don desconocido y una potencia mágica. No es permitido á ningún sér viviente escapar de ella. Ser hermosa, es reinar.

Las dos jóvenes sintieron la una por la otra esa potencia oculta de la diversa hermosura, pero deslumbrante en ambas. Esa diversidad misma, ó esa oposición de belleza, concentrada en Clotilde, radiante, transparente, explosiva, por decirlo así, en Regina, fué, quizás en su ignorancia, una de las causas que las atrajo más y más hacia sí. Los contrastes se atraen, porque se completan. Su amistad vino á ser el único sentimiento de existencia que había en aquella soledad. Las pequeñas que les sucedían eran demasiado

niñas, las religiosas estaban en edad avanzada, y demasiado sumergidas también en sus fruslerías y prácticas para ofrecer alguna ocasión de amar á aquellas dos almas de catorce y quince años. Se sentían rechazadas simpáticamente la una contra la otra y se alegraban en el interior; porque, si bien inocentes contra sus corazones, su amistad era celosa; hubieran sido desgraciadas á la menor rivalidad de afectos.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVI.

No se acostaban en el dormitorio de las demás pequeñas pensionistas: tenían para ellas dos celdas vacías por la muerte de dos antiguas reclusas del convento, á continuación de las celdas de las religiosas. Los dos cuartitos solo estaban separados por un muro; se citaban en la terraza, encima del cláustro, de modo que, si las llaves de las puertas de sus celdas, que daban al corredor, hubiesen sido retiradas cada noche por la superiora, Clotilde y Regina no hubieran tenido más que abrir las

ventanas y dar tres pasos, á pie desnudo, sin ruido, sobre las losas, para pasar de un lado al otro y prolongar mucho tiempo en la noche las lecturas, las conversaciones ó los delirios que las habían ocupado durante el día.

La orden de la casa las obligaba á acostarse á las ocho hasta en el verano, en el momento en que la luna y las estrellas dan más atracción al espectáculo del firmamento y en que la brisa refrescante que sopla á aquella hora de la garganta de Túsculum, de Laricia ó de Tibur, empieza á hacer temblar los capiteles.

Era precisamente la hora en que las almas de las dos jóvenes amigas comenzaban á despertarse y á agitarse después del atareamiento de las horas abrasadoras del día, y en el que experimentaban la necesidad de respirar á la vez los ruidos de las hojas, los

murmillos de las fuentes, aquellos desvaríos á duo, aquellos deliciosos diálogos á media voz que duplican la vida reflejándola.

Así, casi todas las noches, tan pronto como las religiosas encerradas en las celdas vecinas habían acabado las últimas decenas de sus rosarios y extinguido la lámpara de su reclinitorio, una de las dos amigas se levantaba dulcemente, empujaba sin ruido su ventana y pasaba á la celda de su amiga que estaba aguardando. Allí, sentadas una y otra sobre el borde de su lecho ó sobre el umbral de la ventana, frente á las paredes negruzcas que limitaban las sombras divididas del jardín, bajo la bóveda estrellada del cielo, al ruido eterno de la fuente murmuradora, dejaban sonar, sin escucharlas, en las iglesias vecinas, las horas de aquellas tan plácidas noches.



XVII.

De qué no hablarían, en voz baja!
De su cariño siempre creciente de
la una para la otra, de la necesi-
dad incesante de verse y volverse á ver, de
su pena cuando la regla de la casa ó las ocu-
paciones del día las había separado un mo-
mento, de la semejanza tan completa de sus
impresiones, que parecían nacer en dos co-
razones y en dos miradas de un solo pen-
samiento, de sus estudios, de sus poetas, de
su música sobre todo, que les gustaba mu-
cho más que los versos, porque las notas

más sutiles dicen más de infinito y pasión que las palabras; del cielo, de las estrellas, de las grandes cúspides de los cipreses que hacían volver lentamente sus largas sombras alrededor de sí mismos, como las agujas del cuadrante que mide el tiempo sobre la arena; de los campos libres, de los desiertos poblados de ruinas, de las soledades ocultas por encinas y cascadas espumosas, escondidas por las grandes murallas detrás de las defensas de Roma; de las quintas de su infancia, hacia Albano ó Frascati; de la felicidad de encontrarse allí un día juntas en la época en que los vendimiadores y las vendimadoras de Ytri ó de Fondi, bailan volviendo de los caminos, donde van á dormirse á los aires napolitanos de los «peferari» (gaiteros); en fin, de sus familias, de sus padres, de sus nodrizas, de sus patrias tan alejadas la una de la otra, de las tempestades

y de las nieves del Océano, de Inglaterra y de Bretaña, de los castillos rodeados de torres góticas de aquellas provincias, tan diferentes á la eterna serenidad de las quintas abiertas por todos los poros al sol de las colinas romanas.

Estas conversaciones no cesaban nunca y seguían, por decirlo así, al monótono derrame y murmullo melancólico del Aqua Paulina, que resonaba en el pilón de mármol. Sus cabezas, vueltas la una hacia la otra, sus hermosos brazos entrelazados ora sobre las rodillas de la una, ora sobre las de la otra, los bucles flotantes de sus cabellos esparcidos en sus hombros semidesnudos por las bocanadas del viento de la noche que acariciaba la terraza, hacíaslas parecer á dos hermosas cariátides de mármol blanco, acurrucadas bajo el balcón de una quinta romana, sobre las cuales resbala la hoja, espésese ó aclárese la

sombra, y cae el rocío durante toda una noche de verano.

Debían, aquellas noches, haberlas impresionado mucho, puesto que Regina, tres ó cuatro años más tarde, y algún tiempo después de la pérdida de su amiga, no cesaba de recordarlas y pintármelas en un lenguaje mil veces más sonoro que el mío y más penetrado de aquellas emanaciones de la tierra, del cielo y del corazón.



XVIII.

QUÍZAS también estas conversaciones nocturnas y secretas con su amiga le habían impresionado tanto que vinieron á ser la causa y el origen de su amor y su destino.

Se concibe que los pensamientos de las dos reclusas debieran fijarse en efecto, á menudo, hacia sus dos familias. Regina no conocía de la suya más que á su abuela, en cuyo palacio habia sido criada por***, á su nodriza, á su tutor, al principe*** y algunos abates ó monseñores, parientes y abonados

de su casa, que frecuentaban en Roma ó en *** los salones de la condesa Livia. Pero Clotilde tenía un padre, una madre, un hermano, sobre todo, compañero y amigo de su primera niñez, ahora desterrado de su primera patria. Adoraba á este hermano, hablaba de él sin cesar á su amiga, que no dejaba nunca de hablar también y recordarlo. Quería saber su edad, su figura, su talla, sus facciones, su carácter, el color de sus ojos y cabellos, hasta el timbre de su voz y costumbres de sus gestos.

Clotilde la decía:

—No tengo necesidad de hacerte y volverte á hacer sin cesar su retrato. Mírame: nunca la naturaleza ha hecho dos seres más perfectamente parecidos de rostro, de corazón y de alma, que mi hermano y yo. Hemos sido llevados en el mismo seno, por la misma madre, casi al mismo tiempo, en

medio de los mismos pensamientos de desgracia, proscripción, destierro, que ablandaban y entristecían el mismo corazón; hemos nacido en los mismos climas nebulosos, á orillas y con el ruido de las tempestades del mismo Océano; hemos caminado juntos en las mismas cunas. Sobre las mismas olas, buscando y perdiendo uno después de otro los mismos asilos, hemos estado después juntos en los mismos palacios y en las mismas quintas de Roma; vueltos á nuestra tercera patria, hemos crecido juntos, como dos plantas del Norte trasplantadas al Mediodía, y se han dilatado nuestros cuerpos, nuestros ojos y nuestras almas, á la luz de tu hermoso sol; sin embargo, hemos alimentado siempre unidos los recuerdos lejanos de nuestros primeros cielos y primeros infortunios, conservando, uno y otro, algo triste y frío de Bretaña, en la irradiación exterior de tu Italia. Roma-

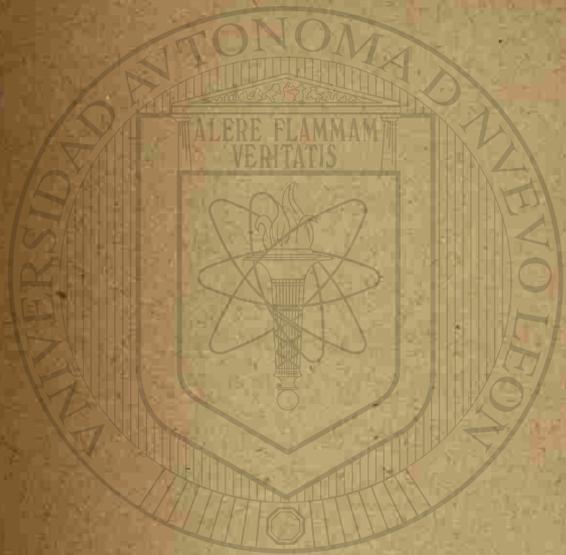
nos por los sentidos, bretones por el corazón, tibios como nuestro nuevo cielo, severos como nuestro antiguo sol, pensativos como las noches, graves como nuestras brumas, hé aquí á mi hermano y á mí interiormente vistos. Cuanto al exterior, á lo menos cuando tenía diez y seis años en que partió hacia Bretaña, si se hubiera, puesto mis vestidos y yo los suyos á nuestra misma madre la hubiese costado trabajo el reconocernos. Yo era su sombra y él mi espejo. Pero ahora la edad habrá debido cambiarle algo. ¡Dios! quisiera verle sobre su hermoso caballo negro y con sus armas, que él me escribe con tan vivas descripciones, con ese entusiasmo militar de nuestros bretones para su nuevo oficio.

—¡Y yo también—decía Regina,—quisiera verle!—Paréceme que será á ti á quien yo vea, le amaré como á ti te amo, le ha-

blaré como á ti, y tendré igual intimidad con él que contigo.

Y las dos amigas se abrazaban y se ponían á reir y á pensar bajito, por miedo de que el ruido de aquellas conversaciones no despertase á las religiosas.





XIX.

La verdad, según me ha dicho después Regina, cuando hubo llegado á sondear su corazón, es que adorando á Clotilde amaba ya á dos seres, sin duda alguna, á su amiga y al hermano de su amiga, confundiéndose en su imaginación de tal modo que le era imposible separar las dos imágenes, ¡tan potente es en una imaginación solitaria que no se alimenta más que de una sola idea y de un solo sentimiento, la repercusión continua de un solo sér amado en su corazón! Regina desdoblaba en

su pensamiento á su amiga para amarla más, amando á su hermano en ella, y aún al hermano ausente! Jamás hubiese creído en este fenómeno que desdobra y dobla el ser amado, y le habría tomado por una concepción imaginaria de poeta, si yo mismo no lo hubiera visto en el alma de Regina.

XX.

Los años pasaron así para las dos compañeras de soledad sin variar en nada su existencia, creciendo diariamente el cariño que se tenían, desarrollando su alma, acabando y madurando su hermosura. Clotilde llegaba á los 18 años, y Regina á los 16. La muerte de la madre de Clotilde, á continuación de su apática enfermedad, hundió á su hija en un dolor pesado y lento que la consumió en los brazos de Regina. La noticia de la pérdida de su padre y la ausencia forzada y prolongada de

su hermano acabaron de evaporar una vida que se había concentrado en estos tres pensamientos, y que no estaba asida á la tierra más que por una raíz. Esta iba á ser cortada también. Anuncióse en el convento que Regina iba á salir para ser entregada en matrimonio al príncipe***, pariente y amigo de su tutor.

En efecto, la condesa Livia se presentó allí para retirar á su nieta y llevarla algunos meses con ella á su quinta de F... Las dos amigas no podían separarse de los brazos de una y otra. Regina juraba á su abuela que prefería hacerse «monja» para el resto de su vida, al dolor de dejar por mucho tiempo á su amiga enferma. Se le prometió que la ausencia no sería larga, que el matrimonio se aplazaría hasta dentro de dos ó tres años. Fué arrebatada, casi á la fuerza, por la Condesa Livia, por sus criadas y por su nodriza.

Las puertas del convento se volvieron á cerrar para la pobre Clotilde. Su celda le pareció una noche fúnebre, una tumba anticipada, un silencio eterno, tan pronto como el destello, la vida y la voz de Regina hubieron desaparecido. En los primeros días de Noviembre su languidez redobló, la fiebre se apoderó de ella, sus mejillas se colorearon por primera vez con las tintas del sol poniente sobre las hojas transidas del cerezo; espiró llamando á su amiga y á su hermano. He visto su tumba, con el nombre francés desterrado en la muerte, en medio de todos aquellos nombres de religiosas ó novicias del Estado romano.





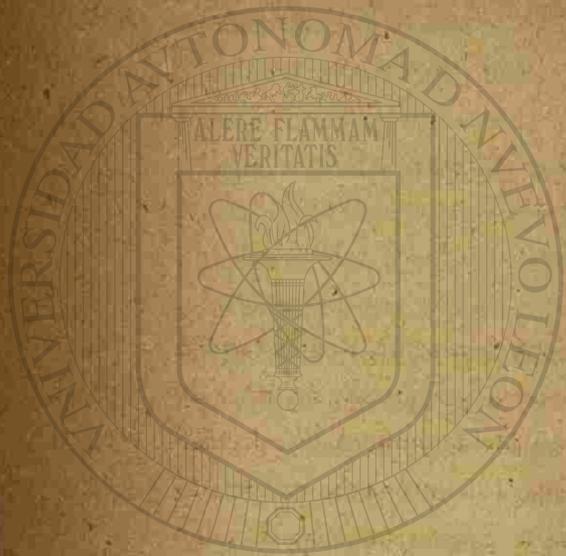
XXI.

REGINA, á quien se había querido evitar aquel espectáculo y la desesperación, no supo sino poco á poco, y mucho tiempo después que no existía ya, la muerte de su querida Clotilde. El ímpetu de su dolor se manifestó en gritos y sollozos que hicieron temer por sus días. La primera explosión del primer dolor, en un alma donde todo sentimiento era arrebato, faltaba poco para llevar la vida misma. Su abuela se vió obligada á enviarla á Nápoles para contener el llanto de sus ojos y para

distraer su alma de la fuerza de un solo pensamiento por la diversidad de aspectos y por la agitación de las estancias y de las horas; pero no vió nada más que la imagen de Clotilde entre ella y la naturaleza. Su sudario estaba extendido sobre la tierra y sobre el mar. El mundo entero no contiene nunca más que aquello que se ve interiormente. Tuvieron los suyos largas y serias inquietudes; pero su juventud y su savia de vida superabundante y siempre renovada, que nada podía corromper ni agotar, triunfaron sobre su espíritu. Venció y aun embelleció con el luto, que quería llevar, como por la pérdida de una hermana.

Cubrióse, como de reliquias de cariño, con todas las alhajas, los cabellos, las obras de mano que Clotilde había cambiado con ella durante su larga y tierna intimidad del convento. Collares, brazaletes, pendientes,

anillos, hebillas, broches, coral ó perla, aún existía Clotilde en sus cabellos, alrededor de su cuello, su pecho, sus brazos, sus dedos; aún existía Clotilde, sobre todo, en su corazón. Había mezclado este nombre como un talismán á su rosario; le pronunciaba en todas sus oraciones, como una invocación idólatra de alguna criatura divinizada que se le hubiera aparecido sobre la tierra al principio de su peregrinación, y tuviera una influencia celeste en su destino. Clotilde era el «sursum corda» perpetuo de aquella joven. Su abuela, tan sencilla como llena de bondad, no contrariaba ninguno de los caprichos del dolor, asociábase á todas aquellas prácticas del culto, á la memoria de la amiga tan adorada de su hija, y hacía decir centenares de misas en todas las capillas por el reposo del alma de la infeliz joven francesa, que ninguna madre ni hermana llorarían en su patria.



XXII.

Al fin, y de repente, Regina cambió de rostro y apareció, sin saber de qué manera, interiormente pacífica y semiconsolada. Ella misma me ha contado después cómo se operó súbitamente aquel fenómeno, que llamaba, como todas las italianas, un milagro de la Madonna de Pausilippo.

—«Una tarde, me decía, bajé de la carretela, al sonido de la campana que llamaba á los transeuntes á una bendición ante una capillita vecina á la gruta de Pausilippo. En-

tramos allí mi abuela y yo para hacer nuestras oraciones. No había estado nunca tan triste como aquel día; estaba abatida de vivir en un mundo que no compartía nada conmigo; me decía yo: ¿Qué me importan este hermoso país, este hermoso cielo, esa bella mar y esas montañas, y esos monumentos, y esos teatros, y aquellas miradas de la muchedumbre, y aquellos gritos de admiración cuando paso en coche descubierto por las calles? ¡Ella no está allí para participar nada de aquello conmigo; amo más su pensamiento en el cielo que la admiración de la tierra! La tierra está vacía desde que no existe. Lloraré, escondiéndome lo más que pueda de mi abuela, entre mis manos juntas, ante el santo sacramento.

»Y, de repente, escuché, no en idea, sino en mí, en mi oído interno, como yo os escuché, una voz que me dijo:

—»Pero, Regina, tú sueñas; está allí, existe todavía. ¿No te he dicho que tenía un hermano, otro como ella, un hermano tan parecido de rostro y de espíritu, que su madre no los hubiera distinguido? ¿Su hermano, que te amará como ella te amaba, puesto que es en todo semejante, y que lo hacía como nunca hermana alguna ama á su gemela? ¿Su hermano, que respira, que vive, que piensa, que siente exactamente y bajo los mismos rasgos que ella respiraba, vivía, pensaba, sentía? ¿Su hermano, en cuyo corazón, si nos halláramos siempre, encontraría las mismas predilecciones que echo de menos y que ningún sér de la tierra podría darme sino él!

»Este pensamiento, me decía Regina, entró en mi alma tan de repente como entra un rayo de sol en un cuarto lleno de tinieblas cuyas ventanas se abren. Hizo aparecer

en mí millares de cosas que creía muertas y sepultadas con Clotilde. Esto me pareció de tal modo un milagro, obtenido por la intercesión de mi amiga, que me incliné de nuevo hasta la tierra para dar gracias á Dios y á sus ángeles, y besé el pavimento donde aquella hermosa aparición de su hermano parecía haber salido por mí. Era como una resurrección de mi cariño bajo otra forma, bajo otro sér del cual esperaba ser amada, y al que iba á poder amar todavía tanto como á la primera.

»Saliendo, mi abuela me vió de tal modo radiante y transfigurada, que me preguntó qué tenía de nuevo en el alma. No le dije lo que soñé, pero le dije que había orado tanto que los ángeles me habían consolado. Fuimos aquella tarde hasta la costa del mar de Bagnoli, al otro lado de la gruta de Pausilippo, despues al teatro de San Carlos; allí

cada murmullo de las olas, aquí, cada nota de la música, parecían recordarme la aparición, la voz, los cuchicheos de los labios del que amaba tanto. ¡Oh! ¡cuánto hubiera dado por verle! Buscaba de sitio en sitio, y entre las numerosas cabezas vueltas hacia mí de las galerías y del parterre, un rostro que pudiese recordarme las facciones de Clotilde, y si le hubiera encontrado, no habría podido menos de exhalar un grito.

»Dejando á Nápoles, mi abuela me llevó por San Germano á su viejo castillo al pié de los Abruzzos. Quedé asombrada al hallar allí á mi tutor con el príncipe de*** y algunos magistrados reunidos que parecían aguardar mi llegada. Un aire de misterio y de fiesta reinaba en la antigua morada. Por la noche, conferencias secretas tuvieron lugar entre mi tutor y mi abuela. Se agitaba y lloraba mucho, afectando conmigo un aire de

felicitación y de alegría. No tengo el valor
de deciros lo demás.»



XXIII.

ESTAS circunstancias, cuyo recuerdo repugnaba á Regina, hasta por una palabra, en las conversaciones sin fin que he tenido con ella más tarde, eran las de su matrimonio, mitad sorpresa, mitad violencia, con el príncipe^{***}. Este era casi un viejo; era pariente de la condesa Livia, tenía una gran fortuna; Regina debía entonces poseer también otra bastante considerable por la falta de herederos varones en la familia. La unión de estas dos ramas, por un matrimonio desproporcionado en edad,

debía reunir grandes tierras en manos de los descendientes del príncipe*** y Regina. Su abuela, que detestaba á aquél, que temía al tutor, que era á la vez violenta y débil, como las mujeres de edad que no han tenido más que pasiones, resistió mucho tiempo, después acabó por consentir y entregar á su nieta, solamente á condición de que el matrimonio no sería más que un acto de obediencia de su parte, una especie de obligación futura ratificada por un notario y un sacerdote, pero que se le dejaría á su pequeña aún tres años. Por otro lado, consintiendo aturdidamente en volverse con ella á los Abruzzos, se había llevado todo medio de resistencia moral á aquella unión y todo medio de alejamiento. No estaba rodeada más que por amigos y confidentes del príncipe y por el tutor de Regina. Era demasiado tarde para contradecirlos. Sin osar prevenirla

la víspera, de otro modo más que por sus lágrimas, el sacrificio de que iba á ser víctima al siguiente día, la anunció, cuando se hubo despertado, la voluntad de la familia. Una hora después, Regina era casada en la capilla del castillo de***. El príncipe, el tutor y su comitiva cumplieron su palabra, y se retiraron á Roma después de la celebración del matrimonio, dejando á Regina y á su abuela ¡como á una niña que no pudiera poseer aún el rango de esposa y la autoridad de ama de casa en el palacio de su marido! Su extrema juventud sirvió de pretexto para dar color, á los ojos de la sociedad de Roma, á esta reserva del viejo príncipe***. No hubo cambio en la vida de Regina, más que el de su nombre. Al cabo de algunos días, había casi olvidado que no se pertenecía. Convino en que la joven princesa de*** viajaría con su abuela por Siena, Florencia, Nápoles, Si-

cilia, durante las estaciones de verano, y que viviría en Roma como para acabar su educación en el mismo convento de la Longara, donde acababa de pasar su infancia. Su abuela se retiraría allí con ella para no separarse de su ídolo, que no podía presentar públicamente en los salones, puesto que le había sido dejada por indulgencia de su marido.

Este plan fué ejecutado durante un año tal como había sido expuesto.



XXIV.

TODO lo que he dicho hasta aquí de Regina, no lo he sabido sino más tarde por ella, pero era necesario decirlo para dar una significación á la visita inesperada que acababa de recibir en el fondo de los bosques de Borgoña, y un sentido á las cartas de Salustio que he conservado, y de las que aquí copio algunos fragmentos. Estas dan, por decirlo así, el envés y la consecuencia de la pasión de esta niña, pasión nacida de un delirio y convertida en una dolorosa realidad. Copio aquí literalmente

las cartas de Salustio, limitándome á algunas supresiones y correcciones de estilo que no quitan nada de la verdad ni añaden nada á la pasión. Salustio escribía mejor que todos nosotros en aquella época, cuando quería reflejar su pensamiento ó estaba agitado. Su educación, mitad inglesa, mitad italiana, le daba un acento extranjero y manantiales de expresión que faltan con harta frecuencia á los hombres que poseen un solo idioma.

Primera carta.

«Roma.

... »Si tú estuvieras aquí, nada me faltaría. Son necesarias dos almas para abarcar á Roma; no tengo más que una, y no sé si por mucho tiempo. Tengo miedo de que me haya sido llevada en una mirada como á mi héroe Ariosto y que, en lugar de haberlo sido una estrella, haya quedado en los dos más hermosos ojos que reflejaron aquí este bello cielo primaveral. «¡Ohimé!» (esto es una exclamación de pena italiana). «¡Ohimé!» ¡mi pobre hermana no me había dicho nada

de ello! «¡Ohimé! ¡Misero me!... ¡Povero me!...» Todas las interjecciones de «Trans-
tevero» no bastarían á evaporar lo que me
oprime. Me has conocido poco poético; lo
soy más que tú esta noche, porque te escribo
en lugar de dormir. Mi pensamiento no está
en mí; no está ya en aquella hermosa poesía
de Guido que me mira, ó mejor aún, que
mira al cielo desde el fondo de esta larga
galería que habitaba mi tío y donde amon-
tonaba sus tesoros de pintura. ¡No, no, la
poesía que he visto hoy vive, camina, pal-
pita y habla! ¡Y qué vida, y qué marcha, y
qué palpitaciones en el seno, y qué melodías
en los labios, y qué lágrimas transparentes
en el globo de los ojos! ¡Oh, Guido Reni!
tú has soñado bien, pero la naturaleza sueña
mucho mejor que tú.

»... Debes pensar que me he vuelto loco,
como me ha sucedido á veces, por alguna

tela de Rafael, de la Galatea, de la Forna-
rina, ó por alguna página de novela britá-
nica abierta sobre mi mesa; y como yo hago,
como hacíamos juntos, un filtro de capri-
chos para embriagarme, dejo romper la copa
después ó arrojar mi anillo al mar como el
disgustado de Samos. ¡No, no, no; no es esto!
¡Es «ella!» ¡Y «ella!» ¿quién? me dices tú.
«¡Ella,» que «existe,» según la expresión
mosáica! «¡Ella,» de la cual te hablaba en
París! «¡Ella,» de la que me hablaba mi her-
mana en todas sus cartas; «ella,» que me
fastidiaba, tanto se apoderaban de este nom-
bre y de estas perfecciones mis ojos y mis
oídos; «ella,» á quien llamaba mi segunda
hermana; tanto mi hermana y ella se habían
identificado en mis pensamientos; «ella» úl-
timamente! Ya sabes tú á quién quiero de-
cir. Pues bien, ¡mi hermana estaba ciega,
amigo mío!

»Me ha recordado un verso tuyo del cual no tengo presente sino el sentido:

»Su sombra contiene más electricidad que el cuerpo de otra cualquiera.

»Pero te tengo demasiado tiempo en suspenso; ¡es que tengo fiebre! Ten, ¡toma y lee! como dijo Talma.

»Yo no sabía que hubiera vuelto esta niña-maravilla de la cual me hablaba sin cesar Clotilde hasta la víspera de su muerte. La creía llevada no sé adonde, por uno de los cuatro vientos del mundo, muy lejos del nido. No pensé en ello. Pensaba en el alma de mi pobre hermana, llevada allí, en nuestra ausencia, ¡sin guía para enseñarla el camino, sin ninguna voz querida para alentarla en su marcha! Y me decía yo todas las noches acostándome en las grandes salas donde habíamos jugado tanto juntos y llenaba con su hermosa voz: Es preciso, sin

embargo, que tenga el valor de ir á ver la piedra de la capilla donde ha sido enterrada por manos extranjeras, es preciso que vea aquel claustro, aquellos tristes jardines, aquella celda, aquel horizonte de cipreses, de piedras y ladrillos, que ella ha visto tanto tiempo, pensando en nosotros, y que tan á menudo ha descrito y tan bien, que parece iré con los ojos cerrados. Y después, cuando llegaba el día, sentía tal opresión en el pecho, un pie tan resistente á aquella calle, que decía: No; hoy no. ¡No me siento bastante fuerte, bastante tranquilo, bastante santo, para hablar tan de cerca con un alma!...

»Dos veces he pasado por la Longara, volviendo de San Pedro, como para acostumbrarme poco á poco á la idea, á la casa, á la tumba!... Hasta una vez he levantado la mano para llamar en la puerta del convento, después he bajado el brazo y me he

retirado, como si hubiese tenido miedo de que se hubieran apercibido de mi actitud y no se me fuese á abrir. En fin, sabes las contradicciones, niñerías y supersticiones que pasan en nuestra almas cuando están solas. He dejado pasar un mes, después otro, después la mitad de otro, sin osar ir allí. Pero tenía el proyecto (es decir, tenía ayer, porque hoy ya no lo tengo), tenía el proyecto de marchar para Sicilia, en donde mi padre tiene un viejo amigo inglés que me ha recomendado viese. No tenía en el palacio la menor reliquia de Clotilde, un cabello, una cinta, un vestido, nada; todo había quedado en el convento después de su muerte, según me dijo el conserje del palacio de mi padre. No quería de ningún modo dejar á Roma sin llevar un talismán de aquel ángel sobre mí. Sabes que no soy supersticioso como los niños de mi país, de

Bretaña; pero soy «memorativo» y fiel con ellos. En la reliquia no está la reliquia que amo; ¡está el pensamiento! ¡No sé si el pensamiento se incorpora hasta cierto punto en la cosa material, y le comunica, no una virtud secreta, sino un signo presente y visible de virtud! una emanación del sér ausente que imprime al objeto dado, en recuerdo, una continuidad de presencia, amor, protección. Divago, es igual, no me hago contigo más sobrehumano de lo que soy. En resumen, quería una presencia real de mi pobre hermana en el corazón, en el cuello, en el dedo, en mi cartera. Faltaba ir á pedir esta reliquia donde estaba. Tomé valor en mi deseo y fuí.

»Pero las tres de la mañana dan en San Pedro; te canso; es igual, todavía continuo. No puedo dormir, es preciso que escriba, no leas si no quieres.

»Fuí allí, pues; ¿cuándo? ¿Hace un siglo? En verdad, me parece que hace un siglo y que la imagen que está en este momento en mis ojos, cuando los cierro, esta todavía allí. Pues bien, ¡hace la mitad de un día y la mitad de una noche! ¡Oh tiempo, no existes! no eres más que el vacío de lo que todavía no hay, esperando lo que debe ser. Tan pronto como este vacío se ha llenado, no existe ya el tiempo; ¿á qué medir lo que no existe?

»Fuí, pues, allá, á las dos de la tarde, con un sol abrasador que me hacía buscar la sombra, aproximado á los muros, y que alejaba de las calles desiertas toda figura humana, á llamar todo trémulo en la puertecita del convento de mi hermana. La puerta se abrió como por sí misma y entré, sin haber visto á nadie, por un paseo que concluía en el patio. Nadie había tampoco; todo el

mundo dormía la siesta en las celdas. Una mano de tornera adormecida me había aparentemente alzado el picaporte de la puerta enrejada. Yo era feliz en aquella soledad completa; una voz me habría herido el corazón, como si una figura cualquiera se hubiera interpuesto entre la imagen de mi hermana y yo. ¡Miraba en libertad y paz aquellos muros que la habían encerrado, aquellos pavimentos que pisó, aquella larga avenida de cipreses que había contado tan á menudo pensando en mí, aquella fuente que murmuraba bajo el claustro y cuyo murmullo la había igualmente despertado ó adormecido durante tres años! El patio, brillante de sol, y cuyas losas dejaban crecer largas hierbas y alelíos amarillos entre los intersticios de las piedras, tenía el aire de un «campo santo» abandonado á las vegetaciones incul-tas del Mediodía.

»El ruido de mis pasos sobre las piedras no atrajo á nadie á este patio desierto, ni hizo abrir ninguna persiana de las ventanas. No sabía á quién dirigirme para hablar á la superiora y pedirla visitar los restos de mi hermana y llevar sus reliquias. La tornera dormía aparentemente, como los otros habitantes de aquel claustro adormecido. Me atreví, esperando un movimiento ó una voz, á mirar en la parte abierta del claustro, en la fuente, en el patio, en los jardines que no animaban el ruido de ninguna azada, y en dar algunos pasos por aquel recinto.

»Apercibí últimamente, á la extremidad del claustro, una puerta entreabierta; era la de la capilla del monasterio, de la que mi hermana había hablado á menudo. Pensé que alguna religiosa en meditación en la capilla habría dejado, sin duda, aquella puerta sin cerrar, que el ruido de mis pasos la

arrancaría de sus piadosas prácticas y que vendría á indicarme la persona del convento á la cual debía dirigirme. Dí algunos pasos bajo el claustro; mojé mi mano en el agua, al pasar, del pilón que tantos años refrescó la frente de Clotilde, bebí un poco en su memoria; empujé el batiente de la puerta y entré haciendo expresamente resonar mis pasos bajo la pequeña cúpula consagrada á las devociones de las reclusas. Creí que este ruido haría volver la cara á alguna de ellas; pero no había nadie en los bancos. Sus asientos estaban marcados por libros de oraciones, dejados en la última grada de su reclinatorio. Un altarcito en el fondo, decorado con flores artificiales, plantadas en urnas de mármol pintado de oro, dos ó tres cuadros de devoción, encerrados y encajados en madera negra contra los muros blanqueados de cal, una balaustrada de ciprés moldeada,

separando el coro del resto del edificio, un piso de grandes losas, de las que algunas estaban esculpidas en relieve con armas y figuras, de las que otras no llevaban más que una ancha cruz cuadrada, dibujada en la piedra, con un nombre y una fecha abajo; hé ahí todo. Dos rayos de sol cayendo á plomo por las vidrieras de una cupulita encima del altar atravesaban perpendicularmente el fondo del recinto, como dos haces de agua, venían á herir las losas al pié de la balaustrada, y volvían á caer en luz deslumbradora á mis piés sobre una de las esculturas. Por esta claridad del cielo, por la luz de aquel cirio eterno, como dices en tus versos, leí el nombre de Clotilde con la fecha de su muerte. Me precipité desde luego para estrechar con mis brazos aquel lecho de luz donde reposaba, donde el sol la parecía buscar para reanimarla. No fué sino

muy tarde y después de haber pronunciado mil veces su nombre, llorado y rogado sobre su tumba, cuando me apercibí de una diferencia que no me había impresionado desde luego entre esta losa y las que cubrían los otros féretros de los que la capilla parecía empedrada. Era de mármol, y había encima un puñado de flores todavía fragantes, que parecían ser renovadas á menudo. No puse gran cuidado en esta distinción de culto entre los féretros y quedé arrodillado no sé cuanto tiempo sobre la losa, con los codos apoyados en la balaustrada del coro y el rostro escondido entre mis manos.

»Sabes que no soy lo que se llama devoto; pero cuando se tiene bajo las rodillas el féretro del sér que más se amó en el mundo, sobre la cabeza un rayo de sol poniente y ante su pensamiento el problema terrible de la eterna separación ó reunión, no se resuelve

por el razonamiento, se resuelve por el corazón, amigo mío: se ama, se llora, se confía en el amor y en las lágrimas. Entonces todo hombre toma á su pesar la superstición de su cariño. Si no siente nada, no cree nada; si siente todo, todo lo cree. Yo estaba anonadado por la visión de inmortalidad en que veía á mi hermana, como si hubiese formado parte de aquellos rayos de luz; le hablaba como si ella me hubiera respondido en el eco de mis respiración, en aquel vacío de mármoles sonoros. ¿Cuántas horas ó minutos se pasaron así? No lo sé. Creo que allí estaría aún si no hubiera sido por lo que voy á decirte.

»(Pero, ¡gran Dios! no he comenzado y hé aquí un volumen. ¿Qué vas á pensar de mi locuacidad? Piensa lo que quieras, es preciso que vuelva á trazar para mí, si no para ti, aquella hora, alrededor de la que, desde

hoy, y para siempre, van á gravitar todas las horas que me restan de vida.)

»Oí un ligero rechinamiento de goznes en la puerta; creí fuese el viento del «Ave María» que se eleva al sol poniente y que hace batir las maderas de los balcones en la soledad de las calles de Roma; no me volví. Escuché un rozamiento de tela contra el muro, creí eran los pliegues de una de las cortinas de las ventanas que barrían los vidrios; no levanté la cabeza. Escuché unos piés ligeros, pero lentos y marcados, que parecían adelantarse titubeando hacia el banco de madera cuya tabla superior, la en que se junta las manos, escondía sin duda á la persona que venía á rezar, mi cabeza inclinada más en la balaustrada del coro. Pasé mis dedos sobre mis ojos para hacer volver á entrar mis lágrimas, aparté mis cabellos que cubrían la frente y me levanté volviendo mi

rostro hacia la puerta del lado que yo había creído oír los pasos.

»¡Ah! amigo mío, no fué más que un relámpago, una visión, una alucinación, todo lo que tú quieras; pero viviré mil y mil años, y tendré el pincel de Rafael, el cincel de Canova, el teclado de Rossini, la pluma de Petrarca, y escribiré, cantaré, pintaré, esculpiré mi pensamiento durante millares de horas, pero no ensayaré nunca á igualar lo que vi en aquel rayo de luz!

»Una joven de cerca de diez y seis años, toda vestida de negro, como un ciprés que sale de un pavimento de mármol, hermosa, flexible, impetuosa sobre su base, con los hombros transparentes á través de una red de sombríos encajes, los brazos redondeados, el talle ondulante y semilleno, haciendo brillar la envoltura de seda que se ceñía á las líneas de su cuerpo, como el tejido de yedra

desgarrado aquí y allá por la blancura del mármol que se pega á las rodillas y caderas de una estatua, en el jardin Pamphili, la cabeza un poco inclinada, las manos juntas con sus dedos entrelazados sobre sus rodillas alrededor de uno de esos gruesos ramilletes de todos matices que las campesinas de Albano vienen á vender á Roma y que tejen en mosaico de flores; unos cabellos atados en dos ó tres abultadas trenzas á su cabeza por dos largos alfileres parecidos á unos estiletes con mangos de perlas. Estos cabellos rubios, heridos por el sol, resaltaban á los ojos en verdaderos deslumbramientos metálicos de haces de oro. En cuanto al rostro, no ensayo; borraría tantas palabras como escribiera para pintar lo inexplicable; por otra parte había alrededor de todos los rasgos, de todas las líneas, de todos los tines de la piel, de todas las expresiones de su

rostro, una atmósfera y como un resaltamiento de alma, de juventud, de vida, de esplendor tal, que no se veían aquellos rasgos, ó no se les veía más que á través de un deslumbramiento, como no se ve el hierro rojo más que á través de su vapor igneado en la hornilla. Aquel rostro cruzado de parte á parte por la luz, tan límpida estaba la encarnación en él, se confundía tan completamente con los rayos de aquella por la transparencia y el color blanco y rosa de la frente y las mejillas, que no se podía decir lo que era del sol y lo que era de la mujer: ¿dónde comenzaba, dónde concluía el rayo del cielo y la criatura celeste! Era, si tú quieres, una encarnación de la luz, una transfiguración de los rayos del sol en rostro de mujer, una sombra de rostro entrevista en el fondo de un arco iris de fuego! Pero, ¡bah! borra todo esto, ó no lo leas; ¡es, qui-

zás, lo que tú has soñado en la hora más amorosa de tus inspiraciones para fundir de una mirada un corazón insensible en un corazón de hombre! ¡Lo que no has podido decir nunca; lo que Rafael ha entrevisto en sus últimas pinceladas, cuando venía á ser más hombre y menos místico; un rostro entre la Virgen y la Fornarina, divino por la belleza, femenino por el amor! ¡con aquellos ojos que, si os miraran siempre, atraerían vuestra alma á vuestros labios y la consumirían en un relámpago! Borra todavía; no es esto, que el relámpago destruye, y ese rostro arrebatada y atrae. No es el rayo, no, es todavía la evaporación instantánea del alma hacia la divinidad del atractivo... ¡Ten! rompo mi pluma, maldigo las palabras; ¡no es nada de esto! es todo esto, y después todavía, sin embargo, de lo que acabo de decir, ¡es ella! Haz como si no hubiera dicho nada.

»Tuve el tiempo (si el tiempo existe ante semejante aparición, y creo que no), pero en fin, tuve lo que se dice el tiempo de mirar con todos mis ojos exteriores é interiores la arrebatadora figura que se adelantaba negligentemente, con los brazos colgantes, la vista fija en el pavimento de la capilla. Las estatuas de piedra que había en los nichos detrás del altar no estaban tan petrificadas como yo. No creo que mi respiración levantase una sola vez mi seno desde que mi mirada estaba fija en ella. Hubiera deseado avanzarse siempre, y no llegara nunca. Me parecía que llevaba mi vida, y que el primer grito, la primera acción, harían desaparecer todo y quebrantarla en su huída!

»Ora estuviere absorta en su pensamiento, ora el rayo de sol que caía á plomo de la cúpula del claustro, y que resaltaba en el oro y en el mármol del altar, deslumbrase sus

ojos, aún no me veía, si bien no estaba más que á seis pasos de mí. Sin levantar la cabeza, llegado que hubo al borde de la piedra de la tumba de mi hermana, se arrodilló. Colocó suavemente el grueso ramillete que llevaba sobre el mármol, como si hubiera temido que el ruido de aquellas hojas de flores puestas en un ataud despertase á la muerta adormecida. Después quedó un momento inmóvil y en silencio, mirando á la piedra y moviendo ligeramente sus labios, donde creí sorprender el nombre de nuestra querida Clotilde.

»No puedo decirte lo que pasó en mí, no acertando adivinar qué parentesco fúnebre existía entre aquella alma revestida de un cuerpo celeste y la mía, y pensando que, antes de vernos, un sentimiento común nos unía en el culto de mi hermana. ¿Será esta, me dije, aquella Regina de la cual Clotilde

—»¡Oh Clotilde, es él, porque este eres tú!—dijo.

»Después, con una volubilidad infantil y balbuciente:

—»¿No es verdad, caballero, que sois él? Pues bien, yo soy ella, ¡soy Regina! ¡Soy su amiga, su hermana, su hija en la tierra! ¡Vedlo, vivo todavía de ella, con ella y para ella! ¡Cuando cojo dos flores, tomo una para mis cabellos y otra para su tumba! ¿Es que no me conocéis como yo os he conocido en seguida? Pero no me habéis asustado: ¡oh! no; ¡su fantasma no me espantaría! ¡Me siento tan tranquila ahora y tan acostumbrada á V. como si fuera mi hermano y yo vuestra hermana.

—»¡Oh! ¡qué nombre, señorita—exclamé,—permitidme dároslos también! Hermano, hermana, amigo!

—»¡Llamadme Regina, por favor,—me

dijo juntando sus dos manos como para suplicarme,—creeré mejor que es Clotilde. ¡Ella no me llamaba señorita! ¡Yo, no os diré ya caballero; os llamaré «Salustio»!

—»¡Oh! Regina—le dije sentándola en uno de los bancos del claustro y cayendo á mi vez de rodillas ante ella;—qué, ¿sois vos? ¿Sois vos quien me aguardaba en el sitio de mi hermana?

—»¡Oh! yo no os aguardaba, os invocaba, repuso tomándome las manos con esa confianza sencilla de un niño que no titubea nunca entre la decencia y un primer movimiento; ¡sí, no lo sabíais, pero ella lo sabe! (Mostrando con un dedo la piedra fúnebre). ¡Os invocaba todos los días, allí, en aquella piedra! Decía á Clotilde: Si quieres que viva, ¡envíame tu imagen y tu corazón en la imagen y corazón de ese hermano á quien tú tanto amabas! ¡Que tanto se te parecía! Y

me respondía,—añadió con un gesto de afirmación sobrehumana.—Sí. Ella á su vez me repuso: ¡Algo me dijo que resucitaría para mí en V., y que de su tumba, como habéis salido, saldrían su imagen y su amistad para mí, bajo las facciones y el nombre de su querido Salustio!... ¿Es esto verdad? ¿Me engañaba prometiéndomelo? ¿Seréis un amigo como ella para mí?

—»¡Oh! ¡ahora es cuando yo creo en el milagro, Regina!—exclamé.—Un amigo, un hermano, un...

—«¡Calláos! me dijo poniendo un dedo sobre sus labios y cubriendo su radiante fisonomía con un velo que pareció extender todas sus facciones. ¡Estoy casada!... Soy princesa ***. Lo dicen al menos en Roma, pero mi corazón no. Después de Clotilde, nadie le ha poseído; ¡lo he guardado para mí, vedlo, para dárselo á aquél que ella so-

lamente quería! Ella es quien os ha hecho venir últimamente, ¿no es esto?

»¡En fin, mil cosas vivas, sin intención, infantiles, aturcidas, espontáneas, inesperadas, embriagantes, que una joven de tu lado de los Alpes no diría en diez meses, aunque lo pensara! ¡Yo era quien estaba sobrecogido! ¡Ella era quien me aseguraba su confianza, quien me suplicaba, quien me familiarizaba con ella misma, como si hubiera sido sencillamente una hermana vuelta á hallar, una hermana de más edad que ella, y ante la cual hubiera tenido á la vez los entusiasmos del cariño y las puerilidades de la infancia!

»Y todo esto salía de una mirada donde el cielo resplandecía en un rocío de lágrimas de gozo; de un corazón que veía palpitar bajo su ligero vestido de seda, y cuyos latidos hubieran contado, sin que yo lo sintiese,

las horas de la eternidad! ¡Oh! ¡me paro! No puedo escribir más; no puedo más que abrir mi ventana, elevar los ojos hacia las estrellas de donde mi hermana me ha enviado este divino rayo de luz sobre mi vida, y mirar correr el Tíber, que no ha llevado nunca semejante deslumbramiento de los ojos de un mortal en el brillo de sus olas! Te diré otra vez lo que respondí.

»P. S. Basta que sepas que aquella conversación en el jardín del claustro, con los ojos sobre la tumba de su amiga y mi hermana, en aquel silencio lumínico del mediodía, duró sin ser interrumpida hasta el «Ave María;» que su nodriza, que la buscaba en vano por los jardines, vino al fin á encontrarla sentada junto á mí en el banco; que me llevó saltando hacia aquella mujer que la adora, arrojándome en sus brazos, dando palmadas y gritándola: «¡Es él!»; que me presentó á

su abuela enferma, por quien fuí acogido como un hijo; que me llevó á la celda de mi pobre hermana, que es hoy la suya, toda tapizada de recuerdos; que se arrojó de rodillas ante un retrato de Clotilde suspendido al pié de su lecho, y que le dijo viéndola: «No tengo ya necesidad de ti, tengo tu imagen viva. ¡Héla ahí! ¡Allí vivo! ¡míranos! ¡Vamos á amarnos como otras veces en tu nombre!

»Que, en fin, me contó, con lágrimas de despecho y aire de incredulidad, su matrimonio, que no parecía alarmarla seriamente para lo porvenir, que pasé la tarde entre la abuela, la nodriza y ella, en el jardín del convento y en la terraza hablando de Clotilde; que la puerta de dicho convento me será abierta todos los días para ir libremente á hablar de mi hermana; que formo parte de la familia, ¡como si su querida Clotilde hubie-

ra verdaderamente resucitado en mí para ellas! ¡Que tengo los ojos deslumbrados, el alma ebria, el corazón lleno de sensaciones! ¡Que he vivido más en esta tarde que en los veintitres años de mi vida, y que si Dios me hubiera hecho escoger entre un siglo á mi elección, sin ella, y el minuto en que ví á Regina adelantarse con el ramillete fúnebre en la mano hacia la piedra de mi hermana, después levantar su rostro hacia mí en un rayo de sol, no habría titubeado, amigo mío, hubiese tomado el minuto! ¡Contiene más delirio que una eternidad! ¡Adios, adios adios!»

Segunda carta

«Roma.

.....
 »Guárdame estas cartas; serán un vestigio de mi vida, que corre ahora tan ligera, si no nos volvemos á ver.

»Desde que te escribí mi encuentro con la amiga de Clotilde, nos vemos todos los días dos veces. Por la mañana cuando todo reposa, durante la siesta del mediodía; en la Longara paso á una hora convenida bajo las ventanas de una alita desierta del convento que están encima de la puerta. Hay allí un

mirabel al cual el tiempo ha deteriorado una parte del enrejado de madera que impedía otras veces á las novicias ser apercibidas por los transeuntes cuando respiraban el fresco. Regina, que viene allí, sola y libremente por el corredor de su celda, ha abierto un poco, con sus hermosas manos, la brecha del enrejado. Ha hecho una verdadera guardillita, por donde pasa casi su cabeza, toda guarnecida de yedras y albohales entrelazados á aquél. Conoce mis pisadas, pasa su brazo por la abertura y deja caer un puñado de flores ó solamente una hoja seca, un grano de arena sobre mi cabeza; me paro, mira si lo he recogido; paso al otro lado de la calle, distingo sus bellos ojos abiertos, parecidos á dos urnas azules; además en la tapicería de flores trepadoras, entreveo sus cabellos dorados como los filamentos de una flor desconocida, nos miramos inmóviles, moviendo

solamente los labios, llenos de palabras mudas, de confidencias y sonrisas llevadas por el viento. Quedamos así hasta que una persiana importuna viene á abrirse en la fachada de alguna casa vecina, ó hasta que escucho el raro paso de un transeunte resonar en una de las extremidades de la calle. Entonces ella se retira, yo continúo mi camino, y entro en el palacio de mi padre con una provisión de embriaguez para todo el día.

»Por la noche, á la hora en que los romanos salen en carretela á los teatros, al «Corso,» á las «conversazioni,» donde no voy nunca, soy admitido por la tornera, como individuo de la familia, en el departamento de la princesa, que no sufre más que la mitad de las reglas claustrales. Encuentro á Regina que me aguarda bajo el cláustro, junto á la fuente; le beso las manos con el respeto de un extraño para una mujer, con la dul-

ce familiaridad de un hermano. Me conduce al pié del canapé de su abuela; hablamos en paz y en plena libertad ante aquella anciana señora, que parece rejuvenecer á nuestras locas alegrías de niños dichosos. Solamente arroja algunas veces una larga mirada de tristeza á Regina y á mí, después mira al reloj y parece pensar sin decírmelo: ¿Cuánto tiempo durará esta dicha? ¿Cuántas horas hay en dos años? Porque dentro de dos años será cuando el príncipe *** deba llevarse á su nieta hecha mujer suya.

»Cuando Regina se apercibe de esta inquietud y adivina el pensamiento de su abuela se levanta sobre las puntas de los piés y para la aguja del reloj mirando á la condesa Livia. «No, no, dice con ese gesto encantador é italiano en los labios de una niña, no, abuela, no penséis en eso! ¡Os digo que eso no vendrá nunca! ¡Ese príncipe villano no

me hablará de ello; hace odiar mi nombre! ¡Soy Regina; no su princesa! ¡no lo seré nunca! Me burlo de sus «sbirri»; mi corazón me pertenece, se lo daré á quien yo quiera!» Y me mira con aire de inteligencia y sonriendo, ¡como si, en efecto, parando la aguja, la caprichosa hubiera parado el tiempo! . . .

(Faltan aquí siete ú ocho cartas de Salustio, en las que me contaba las monótonas escenas de su felicidad y los desenvolvimientos de la pasión de los dos amantes.)

Décima carta.

«Roma.

»Conoces la quinta de Pamphili. Recordarás quizá que fuimos allí un día juntos en el mes de Abril, y que mirando á lo último de los grandes pinos la pendiente de césped que baja hacia la choza y que termina en el llano velado por las brumas, que atraviesan solamente los arcos amarillos de «travertín» (1) de los acueductos en ruinas,

(1) Piedra caliza que se encuentra en las cercanías de Tivoli. (N. del T.)

me decías: «¡Esto es demasiado bello para el hombre! ¡no existe más que el amor que sea digno de habitar aquí!

»¡Pues bien, profeta! eso no es demasiado bello; el amor ha ido allí y ha embellecido mil veces todavía aquellas escenas melancólicas de la ciudad que tú llamabas jardín de lo infinito!

»Hemos ido á menudo á la caída del sol en el Mediterráneo, mientras que los romanos y los extranjeros corren en el Corso entre dos muros que se forman de polvo. Como la princesa *** ha cesado de habitar en el convento, la condesa Livia no la pasea más que en lugares desiertos, por Albano, Tivoli, Frascati, por los monumentos, por los jardines de Diocleciano, por la tumba de Cecilia Metella, por el campo de Sabina; allí por todas partes donde no haya nadie más que ella y yo. Como soy poco conocido en

Roma, paso, cuando se nos encuentra, por un sobrino de la condesa Livia, llegado de Sicilia para servirla de apoyo. Mis cabellos negros y mis facciones del Mediodía hacen la versión verosímil.

»Esta misma noche hemos dejado á la anciana condesa y á la nodriza en la carretela, en el «bolingrin» (1) de la entrada de la quinta, y nos hemos internado, como de costumbre, Regina y yo, por las largas avenidas de laureles que descienden perdiéndose de vista desde la meseta de la ciudad hasta el valle. Eramos, á esa hora que los italianos encuentran peligrosa, los solos habitantes de aquellas vastas salas de verdura. Las largas murallas de sombras que forman los espesos setos de laureles entrelazados, los recodos de

(1) Llamán así los jardineros á las calles cubiertas de césped con ribete de boj ó de otra planta cualquiera, que se cortan á modo de tapias ó de otra forma para adorno de los jardines. (N. del T.)

los paseos, las estatuas de las fuentes, las perspectivas de mármol que interrumpen de distancia en distancia la uniformidad, nos escondían á todas las miradas. Estábamos sumergidos en aquel aislamiento y en aquella seguridad de la dicha que hace creer á dos seres que se aman, que son las únicas criaturas animadas, los únicos puntos sensibles de toda la naturaleza. Nos apresuramos á avanzar lo más lejos posible en los laberintos, para que ningún otro ojo que los del firmamento, las estrellas que iban á elevarse, pudieran caer sobre nosotros. Regina cogía en los céspedes flores de otoño y venía á entregármelas en haces para llevarlas al carruaje y embalsamar, por la noche, la terraza de su habitación. Mis manos estaban llenas. Corría delante de mí; hacía volar los mirlos ya dormidos que atravesaban los paseos, silbando y rozando sus manos extendidas, con

sus alas azules. Los tintes rosados de los vapores de la tarde que flotaban en el horizonte del lado del mar, reflejábanse en su frente, su cuello, sus manos, como un afeite celeste vertido de lo alto del cielo sobre la más divina forma de la naturaleza. Sus cabellos, que elevaba y se desataban sin cesar por la corrida, volvían á caer en trenzas empapadas de rocío en sus mejillas y espaldas. Hubiérase dicho que salía de uno de aquellos baños de Diana, cuyas ondas murmuraban á sus piés. Jamás la había visto tan hermosa, y jamás, sin duda alguna estos jardines habían sido hollados por una más ardiente imagen de la alegría, de la juventud y del amor. No comprendía, mirándola, que el dolor osase jamás arrojar su sombra sobre frente semejante. Me parecía inviolable á la desgracia como á la muerte.

»Cuando estaba cansada, se suspendía por

sus dos manos á mi brazo, ya cargado de flores, y se apoyaba en él exagerando el ligero peso de su cuerpo para hacerme sentir mejor que estaba allí, y para sentir el apoyo que yo la prestaba. Se divertía en arrastrar por momentos sus piés, como si hubiese estado demasiado sofocada para andar de prisa; después, de repente abandonaba mi brazo con estrépitos de dulce alegría y de desafíos para alcanzarla, y lanzábase saltando ante mí por la arena de las avenidas.

»Más tarde se dejaba adelantar, y me rogaba entonces, fingiendo enfadarse, que la esperara. Luego se acercaba, con las manos unidas, en actitud de languidez que despierta, mirándome y pareciendo como que rodaba alguna imagen importuna en su pensamiento. A continuación levantaba y sacudía repentinamente la cabeza con un movimiento de arrebató y de impaciencia, y gritaba:

—¡No! ¡no quiero pensar en ello! ¡Salustio, tenemos dos años delante de nosotros!

—»¡Pero comprende—la decía yo,—lo que será para nosotros la vida separados, después de dos años de esta felicidad sobrehumana!

—»Hay una Clotilde en el cielo,—me respondía entonces mostrándome con el dedo una de las estrellas que comenzaban á verse salir en el firmamento, entre las anchas sombrillas verdes de los pinos de Italia.—La que nos ha reunido sabrá protegernos bien todavía.

»¿Piensas en lo que debe ser para mí la soledad del palacio de mi padre después de las noches pasadas así? ¡Oh! ¿Por qué, si Clotilde debía proteger este amor, ha dejado interponerse, entre su amiga y su hermano, la sombra amenazadora de ese hombre, que reclamará un día, en nombre de la ley, lo que

el corazón y la voluntad no le han dado nunca?

»El príncipe,*** en este momento, no vive en Roma. Viaja por Inglaterra y América para estudiar las mejoras agrícolas que tiene que introducir en sus dominios del estado romano.»

Decimatercera carta.

«Roma.

»Los días y los meses pasan, y nada ha cambiado en mi dicha. Hé ahí por qué te he escrito tan pocas veces; tengo miedo de hastiarte de felicidad. Vivo desde hace algunas semanas en la misma casa que Regina y su abuela en Tívoli.

»Los médicos han aconsejado á la condesa Livia respirar, para fortalecerse, el aire puro y vivo de las colinas. Ha alquilado por algunos días el palacio*** en Tívoli. Hasta me ha permitido alquilar un cuartito enci-

ma del suyo en el mismo palacio. Desde mi ventana, veo el balcón de Regina, donde su abuela se sienta á la sombra todo el día, desde que el sol ha dado la vuelta al ángulo del palacio. Conoces á Tívoli. Estamos en el último grado de la colina, dominando el templo de Sibila, las grutas, las pequeñas cascadas, y el valle ¡donde el murmullo y el humo de las aguas se elevan confundidos con los arco iris envueltos en los vapores! ¿Era necesario esta locura más para dar el vértigo eterno á nuestras almas?

»Veo desde aquí la explanada opuesta al otro lado del valle de las aguas, con las encinas, las rocas grises entrelazadas de higueras, y la ermita de los franciscanos, que en otro tiempo fué la casa de Horacio, y en donde tú escribiste un día tus primeros versos! Este recuerdo de ti, en medio de mi felicidad, la completa. Me figuro que estás allí

todavía, mirándome y regocijándote conmigo de lo que la fortuna me ha dado por teatro de mi amor, una de las más divinas mansiones de la tierra. Cuando el alma está llena, tiene necesidad de extenderse á su alrededor, en una naturaleza tan espléndida como sus pensamientos. La naturaleza es la decoración de la vida. Vida más dichosa, decoración más bella, ¡nunca!»

Decimacuarta carta.

«Roma.

»La dicha era demasiado completa para ser duradera... Lo que me hace falta ahora es tu compasión. La condesa Livia ha recibido del gobernador la orden de volver á Roma, observar la vida enclaustrada en el convento con su nieta, ó dejarla sola en el mismo hasta el regreso del príncipe***, que reclamará á su mujer. Esto es á causa de los amigos del príncipe que han sido informados y se han quejado de las atenciones de un extraño en la familia. Las órdenes del

Gobierno son aquí absolutas; ha sido preciso obedecer. La condesa ha dejado á Tívoli; ha vuelto á entrar en su palacio de Roma, con el fin de tener la libertad de reclamar y hacer obrar á sus amigos junto al gobernador. Regina ha quedado sola con la nodriza en el recinto del convento. Yo partí ostensiblemente hacia Florencia, según sus consejos, para quitar todo pretexto de acusación y reclusión contra Regina y la condesa. Pero llegado á Terni, he hecho proseguir de noche á mi carretela el camino; un joven napolitano, amigo mío, que va á París, ha ocupado mi lugar. Yo he vuelto solo y bajo otro nombre á Roma. No he entrado en la ciudad, para que mi palacio vacío engañe la vigilancia del gobernador: vivo escondido en una casa, de jardinero, fuera de las murallas, al lado de San Pablo, sobre un camino de travesía, en casa del hermano de la nodriza.

de Regina. Tengo un cuarto cuya ventana se abre al campo, y que me permite alegrar la vista en el jardín, en los prados, sin ser visto desde el camino. Tengo libros, papel, armas; no salgo más que por la noche, envuelto en una de esas grandes capas oscuras que cubren á los aldeanos romanos, con un sombrero de ala ancha. Se me confunde á la puerta de Roma con los comerciantes de bueyes de Sabina ó con los viñadores de Velletri; entro y salgo sin sospechas, para ir á deslizarme bajo los muros de Longara. A una señal de mis zapatos herrados, sobre el suelo, una luz brilla á través del enrejado de madera, una mano pasa, un hilo armado con un gancho de plomo descendiendo junto al muro: cojo de él un billete de Regina, suspendo otro mío, escuchó un suspiro ó mi nombre pronunciado en voz baja, cubro de besos el papel antes de dejarle subir, me alejo al me-

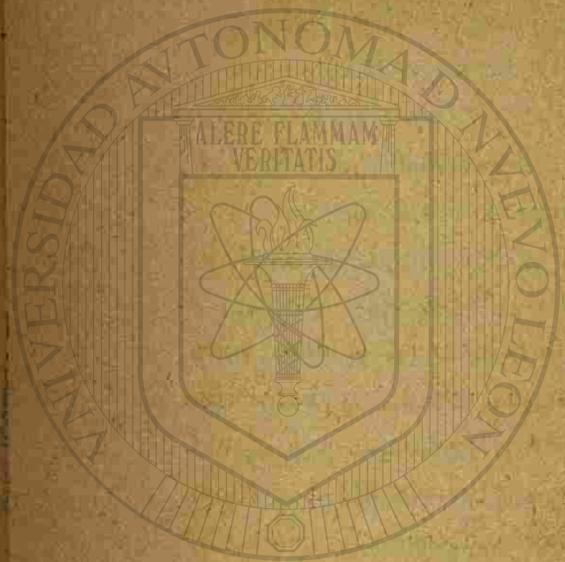
nor ruido, llevo mi tesoro, le leo á la claridad de la luna ó de las lámparas que arden en los nichos de las «madonas,» vuelvo á salir por otra puerta de Roma, vuelvo á ganar á través de los campos mi asilo, paso la noche y el día en leer, estudiar é interpretar las cartas de Regina. El príncipe***, dice, está en camino para volver á Italia. Su abuela pasa su vida en zozobras y lágrimas. Se halla decidida á protestar contra el consentimiento imprevisto que ha dado á aquella unión, bajo el imperio de la dominación y del miedo. Se prestará á todo para impedir la desgracia y el rapto de su hijita. Ha puesto en su interés, á fuerza de dinero y súplicas, una parte de la familia y personas influyentes con el gobernador. La opinión está dividida. Se quejará, se arrojará á los pies del cardenal***. Ha tomado horror al tutor de Regina y al príncipe***. Regina jura, en

todas sus cartas, que se refugiará antes en la tumba de Clotilde que dejarse llevar por un hombre que su corazón rechaza, y por coger una vida que me ha dado antes de haberme conocido. Las cosas se hallan de este modo, no podrán durar así mucho tiempo.

»¡Oh! ¡que no estés aquí para aconsejarme y llevarme quizá! Siento que voy á jugar mil veces más que mi vida: ¡la vida y la reputación de Regina! ¡Pero no tengo para consejo más que el delirio que poseo noche y día! ¡Ah! ¡vienen días en que el delirio es la sola inspiración posible!

»Te escribiré antes de pocos días, si estoy todavía libre ó vivo.»





XXV.

ESTA carta había sido la última antes de la catástrofe que arrojó á Salustio al castillo San-Angelo y á la condesa con Regina á Francia. Hé aquí cómo el drama de amor se desenvolvió como todos, con penas y lágrimas. Regina me contó los detalles que Salustio, entonces preso, no podía escribirme.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXVI.

SALUSTIO, por medio del hermano de la nodriza de Regina, había hecho poner de su parte á un pobre jardinero de Transtever, pariente suyo, que cultivaba un jardincito de legumbres y árboles frutales bajo la misma muralla de la ciudad, que servía de cerco al recinto del convento de la Longara. Habiendo ordenado el gobernador á la condesa Livia retirarse á sus tierras de los Abruzzos, ó encerrarse en el claustro con su nieta, la condesa, secretamente de acuerdo con Salustio

y Regina, partió para los Abruzzos. Regina, á quien toda comunicación fuera del convento estaba en lo sucesivo severamente prohibida, fué advertida para que se preparase á volver bajo el dominio y á la casa del príncipe, tan pronto como llegase. Puede juzgarse, dada la energía y el indomable capricho de aquel carácter, el dolor que debió experimentar, la repulsión y la cólera, viéndose reducida á sacrificar á la vez á su abuela, á Clotilde, á Salustio, su libertad, su memoria, su amor, en una inmolación de sí misma. Escribió á Salustio, por mediación de su nodriza, estas dos palabras: «¡O la huida, ó la muerte, antes del día en que me arranquen de ti!»

Este día se acercaba. El príncipe*** había llegado. No pidió aún ver á la princesa. Deliberaba con sus amigos del Gobierno sobre el medio de traer por la dulzura y la

templanza á la obediencia á aquella imaginación de niña revoltosa. Salustio lo supo. Resolvió aprovechar aquel momento de indecisión del príncipe para sustraer á Regina de una tiranía que temía más que al puñal.





XXVII.

SALUSTIO se procuró sucesivamente, y sin que se pudiese notar su acumulación en el jardín, cuatro ó cinco de esas largas escalas de madera ligera de las que los jardineros de Italia se sirven para podar las cepas y coger las uvas de entre los pámpanos, enlazadas y suspendidas á la extremidad de las ramas de las más altas parras. Las desarmó, puso aparte los escalones; ajustó y volvió á atar los montantes con fuertes cuerdas, y construyó una escala ligera, sólida, manuable, con ayuda de la que podía llegar

hasta lo alto de la muralla. Terminado este trabajo, hizo advertir á Regina por el hermano de su nodriza que él estaría á la noche siguiente, después que la luna se hubiera escondido, en la capilla, junto á la tumba de su hermana, y que encontraría la libertad allí donde había hallado el amor de su vida.

Ayudado por el jardinero y el hermano de la nodriza, cuya complicidad y silencio había comprado á precio de oro, á la hora convenida subió al muro, tiró la escala hacia sí, la hizo deslizar por la parte del paseo de los cipreses, bajó, fué á la capilla, encontró en ella á Regina y á la criada, las hizo franquear la tapia como la había franqueado él antes, y dejó á sus dos cómplices retirar, demoler la escala, y destruir de este modo toda señal de escalo y raptó en el jardín del complaciente transteverino. Uno de esos cochecitos de campesino romano, formado

de dos arcos de madera encorvada, y resguardado del sol por un pedazo de tela, les esperaba en el patio del hermano de la nodriza de Regina. Un vigoroso caballo salvaje de las lagunas Pontinas, comprado de ántemano por Salustio, se hallaba atalajado á dicho cochecito. Regina se quitó sus vestidos de seda y tomó el de lana de una de las nietas de su nodriza. Salustio estaba cubierto por su vestido romano y su capa de lana oscura. Llevaba en los piés los zapatos de suelas de madera, y en las piernas las polainas de cuero negro de los aldeanos del campo Sabina. Llevaba tambien dos fusiles y una especie de trabuco cargado hasta la boca, entre la paja del carruaje, bajo sus piés. Los fugitivos, acompañados solamente de la nodriza, tomaron, cuatro horas antes de amanecer, el camino de las montañas, siguiendo lo mejor posible los menos frecuentados.

Gracias al vigor del caballo llegaron por la noche del siguiente día á la residencia de la condesa Livia. Esta, que les aguardaba á todas horas, no perdió un instante para gozar del regreso de su hija. Tenía todo preparado para la eventualidad de su huída. Un falucho español, fletado por los cuidados de su «fattore», aguardaba sus órdenes en Gaeta. Fueron allí á la mañana del día siguiente y se embarcaron para Génova, en donde la condesa advirtió por carta á su banquero que la preparase oro, un coche y un correo.

Los adioses de Regina y de Salustio, separándose de las dos fugitivas libertadas, no fueron más que un corto y feliz aplazamiento de su reunión y de su felicidad. Debían volverse á encontrar seis meses después en París. Pero como la huída de Regina habría pasado por un rapto si el nombre de Salustio

se hubiera mezclado en ello, este resolvió volver atrevidamente á Roma, como si nunca hubiese salido, mostrarse en los lugares públicos y en el teatro para desmentir así, con su presencia, toda participación en el acontecimiento del cual el público se ocuparía.





XXVIII.

VOLVIÓ, pues, á tomar la ruta de Roma por el mismo camino y en el mismo traje con que aseguró el rapto de Regina; pero, llegando por la noche al patio de la nodriza, halló en él una banda de «esbirros» que le aguardaban y apresaron antes que hubiese podido advertir su presencia. Ya las cartas de Regina y todas las pruebas de su participación en el rapto de la princesa, sorprendidas en su celda, estaban en manos de aquellos. Se le condujo al palacio del «Buon Governo» ó de la

policía, y, después de un corto interrogatorio secreto, fué encerrado en el castillo como un criminal de Estado.

De allí fué de donde, por intercesión de un sub-oficial suizo de la guarnición del castillo, envió á Génova, á la condesa y á su hija, la carta que estas me llevaron á su vez.



XXIX.

Me reuní en Pont-de-Pany con la princesa y su abuela, pronto á acompañarlas allí donde la atención de un amigo de Salustio podía protegerlas contra su aislamiento. Después de un instante de deliberación con ellas, fué reconocido que su estancia en París, á la vista del nuncio, y bajo la acción de un gobierno ligado por relaciones de deferencia política y religiosa con la corte de Roma, tenía algunos inconvenientes y peligros. Resolvieron, atendiendo á mis indicaciones, salir de Fran-

cia y volverse á Ginebra por el camino de Dijón. En aquel país de neutralidad, aproximado á Italia por el Simplón y Milán, podían enviar más seguramente correos confidenciales á Roma, recibirlos y alcanzar con más aislamiento y seguridad la libertad de Salustio y la continuación del proceso que habían decidido sostener ante los jueces para debatir la validez del casamiento y recobrar su independencia.

Volvimos, pues, á tomar juntos el camino de Ginebra, cuyo viaje se realizó sin acontecimientos de ninguna especie.

Me dediqué, según su deseo, tan pronto como hubimos llegado, á buscar á orillas del lago una casa modesta, solitaria y de estancia agradable, donde aquellas dos mujeres, que deseaban quedar desconocidas, pudiesen pasar el tiempo más ó menos prolongado de su destierro. No encontré esta casa más que

á cierta distancia de Ginebra, en los alrededores de la linda ciudad de Nyon. Tenía dos ó tres piezas en el piso bajo, abriéndose sobre un prado plantado de tilos, y algunos cuartos pequeños en el primer piso para la condesa Livia, su hija, la nodriza y las dos mujeres que llevó de Nyon para servir las. Un cuartito, cuyos muros eran de abeto, encima de la casita de madera del jardinero, separado del cuerpo del edificio por un vergel, me sirvió de alojamiento. Aquella mansión, aunque pobre en apariencia, era deliciosa. El vergel se confundía, de la parte opuesta del lago, con un soto de castaños cortado aquí y allá por senderos naturales de arena, donde podía uno internarse hasta las montañas. Una fuente, descendiendo por un tubo de abeto, y corriendo por una espita de cobre, caía día y noche con diverso ruido modulado, según el viento, en un pilón de pie-

dra, adonde iban á beber las vacas y los pájaros. Delante de la fachada de la casa de la princesa, una columnata de troncos de abetos cortados y replantados con su corteza adelantábanse algunos pasos sobre la arena de un paseo, y recubría un tosco diván de madera, adonde se llevaban los cojines del salón y donde la condesa Livia pasaba todas las horas tibias del día con la nodriza.

El prado, que se inclinaba por una pendiente dulce, un poco más lejos no tenía su horizonte cortado más que por dos ó tres fresnos, jamás desmochados, que parecían salir de las olas del lago. Más allá de los fresnos la pendiente se precipitaba é iba á morir en los guijarros de la orilla, que las olas agitaban cuando había viento, con ese pequeño ruido de niños que juegan con piedras. Existía allí, al pie de un inmenso saúce

blanco, un banco de musgo entre las raíces del árbol, donde se veía, á la derecha y enfrente, Lausana, Vevey, Villeneuve, Saint-Gingolph, las gargantas del Valais y las innumerables cimas blancas de nieves eternas que sirven como de escalón al Monte Blanco. Regina hablaba allí conmigo sin cesar para preguntarme el nombre de esta montaña, el de aquella, el de la otra; si del otro lado de la nieve estaba Italia, después si se apercibía Roma desde lo alto de aquellas cimas, cuantos días y cuántas horas de marcha había, corriendo siempre, desde el pié de aquellos montes á la puerta del Pueblo. Véase que su pensamiento no estaba fijo un solo instante con ella en esta deliciosa mansión, y que su alma franqueaba aquellas alturas, más pronto que los rayos rosáceos sobre las nieves, para ir á herir con continua aspiración los muros negruzcos del castillo de S. An-

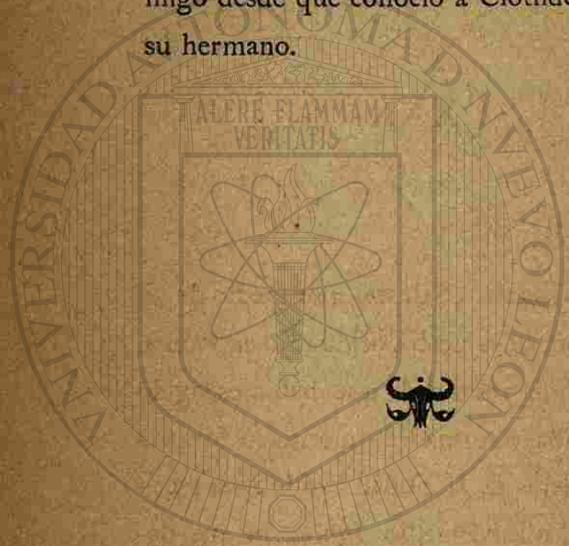
gelo. No tenía seria inquietud por la suerte de Salustio, protegido en su calidad de extranjero, contra los castigos que hubiera podido alcanzar un romano; pero tenía esas impaciencias de la juventud, que cuenta por siglos sin vuelta y sin fin todos los minutos perdidos para la pasión.

No traté nunca de consolarla, inconsolable yo mismo por otra ausencia también; sabía, por precoz experiencia, que el papel de consolador, importuno, intempestivo, odioso, mientras que el dolor mismo no se quiera olvidar, no viene á ser agradable y dulce sino después que el dolor se ha amortiguado y se detiene ante el consuelo. Vivía lo más lejos posible de ella, dejándola á su propia voluntad, á sus sueños, á su soledad, á sus lágrimas, marchándome una parte del día por las gargantas del Jura, leyendo ó escribiendo aquí y allí algunos versos sobre

las brillantes escenas que tenía sin cesar bajo los ojos, y sentado solamente por la tarde junto á la pobre condesa Livia, cuyas horas trataba de distraer.

Me hice amar de este modo de Regina con una amistad familiar y confiada, mucho mejor que si hubiera llevado en mis conversaciones de cada instante con ella una oficiosidad y servilismo de complacencia como su belleza y bondad hubiesen podido inspirar á otros. No puedo decir estuviese deslumbrado con una belleza á la cual ninguna de las que yo había visto en Europa podía compararse. Miraba á aquella joven como se mira una llama en los matorrales durante el estío, admirando los visos del fuego, pero sin calentarse. Regina no pensaba que yo era joven; no sabía si era hermoso ó feo, hecho para rechazar ó atraer las miradas; sabía que era el amigo de Salustio, hé ahí todo. Este tí-

tulo la quitaba toda especie de encogimiento. Parecía haber vivido en la intimidad conmigo desde que conoció á Clotilde y amó á su hermano.



XXX.

INFORMÉ á Salustio, por medio de un oficial suizo conocido mío en Roma, de la residencia que había escogido para Regina y su madre durante su forzada mansión lejos de la ciudad Santa. Nos escribía por el mismo medio. Ignoro lo que decía á Regina en sus cartas; yo las veía leer y releer veinte veces al día, ora con saltos de alegría y esperanza en el jardín, ora con movimientos de cólera que parecían dirigirse al papel, y que le hacían por momentos arrojar las cartas al suelo y hollarlas bajo sus

piés. Entreveía en sus miradas y en sus palabras oscuras que le encontraba demasiado resignado á la separación y demasiado convencido de los miramientos que su mismo cariño hacia ella exigía al amante para su reputación y porvenir. ¿Qué le importaba á ella todo eso? Todo lo veía en él. Pero Salustio, que había vivido mucho tiempo en Inglaterra, tenía en el amor algo de sangre fría, la delicada reserva y el sentimiento casi religioso de conveniencia que distingue á aquella sociedad de regla y buen sentido. Era evidente que no quería por ningún precio ni aun por el de su vida, sacrificar el honor, el porvenir y la fortuna de Regina á su propia felicidad, si el proceso de nulidad de matrimonio pedido por sus abogados venía á restituirla á su marido. Entreveía yo confusamente algo de aquella delicadeza, quizás un poco tardía de su parte, en las cartas y

tristes palabras que recibía de él bajo el sobre de sus largas correspondencias á Regina y la condesa. Pero las de los procuradores y amigos de Livia no permitían dudar sobre la pronta anulación del matrimonio. Nada se opondría entonces á que Salustio recobrase su libertad y obtuviese á Regina de las manos de una abuela que veía en él otro hijo.

De esta manera había alternativas constantes de alegría loca y sombrías nubes en las facciones de Regina, según que el correo de Roma, dirigido á Nyon por un banquero de Ginebra llevase la esperanza ó la angustia á aquellos dos corazones. Los días de alegría, Regina quería correr toda la mañana conmigo por la arena del lago para esparcir su embriaguez en toda aquella hermosa naturaleza. Los días de tristeza huía de mí y se enfadaba como si yo hubiera sido culpable de las tergiversaciones de la suerte y de los

escrúpulos de delicadeza de su amante. Seguía sus caprichos sin contradecirlos y lamentándolos en mí interior. Cuando la pasión es justa, no existe la pasión. Al día siguiente volvía hacia mí, y me hacía familiaridades más vivas, mudas excusas de su injusticia. Soportaba todo esto como lo hubiera aceptado de una hermana, porque comenzaba á ver el presentimiento de alguna desgracia para ella. La trataba como se debe tratar á los desgraciados, á los enfermos y á los niños que no se dan cuenta más que de sus sensaciones; las suyas venían á ser tumultuosas como el aire cargado de dudas que empezaba á pesar sobre ella. El proceso iba á ser juzgado dentro de algunas semanas; la correspondencia tardaba.



XXXI.

EL banquero de Ginebra me hizo advertir en secreto que tenía una carta que entregarme personalmente, y que le estaba prohibido entregarla á ninguna otra persona. Tomé un pretexto para ir á Ginebra, con el fin de que Regina y su madre no pudiesen sospechar el motivo de mi partida. Así que llegué corrí á casa del banquero. Me entregó un paquete voluminoso de Roma. Volví á tomar el camino de Nyon y marchando lo desaté. Contení una larga carta de cinco ó seis hojas

para mí y una más corta para Regina. No debía entregar esta sino después de una suficiente preparación meditada, y después de enterarme bien de lo que él me decía. Estaba solo en uno de esos carritos suizos que había tomado en Nyon. Leí la mía sin distraerme. Hé aquí los principales párrafos que contenía:

Decima-octava carta.

«Roma, palacio.

»He cumplido mi deber, amigo mío, pero siento que lo he hecho á costa de mi existencia. No importa, he hecho mi deber, y siento á mi conciencia que me aprueba en medio del desgarramiento de mi corazón. Existen dos seres en mí, de los cuales el uno ha inmolado al otro. Todo ha concluído; Regina es libre; puede ahora volver á Roma con su pobre condesa, entrar en el palacio ó en las quintas de su abuela, viajar ó vivir en su patria sin ser llamada de nuevo, ni incomoda-

da, ni inquietada en su independencia por el príncipe. ¿Podía yo titubear más tiempo en decir esa palabra? A tu consideración lo dejo. ¡Pronuncia!... Pero no, no pronuncies, porque lo que está hecho, hecho se queda. He declarado yo mismo, y si me hubiese arrepentido un solo minuto por la detención que he sufrido, hubiera sido el más indigno y el más personal de los hombres. ¡Quiero morir de dolor, no de vergüenza!

»La vispera del juicio del proceso de la princesa, mis abogados han recibido proposiciones de los del príncipe***.

»Han venido por la noche á trasmitírmelas, acompañados de un miembro omnipotente del Gobierno. Hé aquí las palabras que me han traído en nombre de la parte adversaria:

—«El proceso de la princesa***, del que sois la causa única y en el que vuestro nombre ha de resonar y vuestro testimonio de hombre de honor será invocado, va á decidirse mañana. Nosotros no disimulamos que, no obstante todos nuestros esfuerzos, no podemos mirar ese juicio sin terror. Los precedentes, las costumbres, los magistrados, las familias de los príncipes de Roma, vuestra calidad de extranjero, todo está contra V., ó mejor aún, todo está contra la princesa y su abuela. Seremos condenados. La condena es el convento á perpetuidad para esa joven que adoráis, ó el destierro sin la esperanza de volver á entrar en Roma, con la pérdida de todos sus bienes en Italia. La amáis, nosotros debemos advertiros. ¡Hé aquí la suerte que habéis tenido en vuestro amor: reflexionad! No hablaremos tampoco de las manchas que van á recaer sobre ese

nombre de diez y seis años por las revelaciones y testimonios de dos hombres del pueblo que han tomado parte en el rapto y que expían su complacencia hacia V. en la prisión. Ese nombre va ser arrojado mañana con escándalo á Roma y con resonancia en Europa. Tiene diez y seis años; ¡pensad cuántos le quedan aún para sentir su proscripción y sus humillaciones ante el mundo!

»El dolor, la huída y los climas extraños bien pronto van á gastar en lágrimas la poca vida que resta á su abuela. ¡Qué porvenir para una joven de aquella hermosura, de aquel nombre, de aquella edad! ¡La protegeréis, la casaréis? decid. Pero ¿habéis pensado bien? ¿En qué país y bajo qué comunión un magistrado ó un cura consagrarán el matrimonio de una mujer cuya primera unión ha sido declarada válida por los tribunales de su

propia patria? ¿Y si la princesa Regina no puede jamás ser vuestra mujer, qué será su nombre junto al vuestro?... ¿Quién recibirá nunca en su casa á una mujer que no puede ser esposa y que osaría exhibir como concubina?... ¡Pensad ahora en ella y no en vos! Cuanto á nosotros nos es imposible no temblar del nombre que la sentencia de un juez prevenido y la suerte de un juicio va á hacer llevar mañana á la mujer que améis más que la vida.

»En esta perplejidad, que las opiniones demasiado claramente enunciadas de los principales jueces del negocio han aumentado en nosotros desde hace dos días, hemos recibido proposiciones de los abogados encargados de sostener la causa del príncipe. Este, lo sabéis, no quiere y ha querido de este casamiento más que la fortuna de la condesa, asegurada después de él en sus des-

cientemente. Su edad y sus enfermedades le hacen insensible á la posesión de una joven. No puede mirar sin repugnancia y sin remordimientos la triste necesidad, en que el juicio de este proceso le coloca, de arrojar á la publicidad el deshonor sobre el nombre de una joven que lleva el suyo y que, independientemente de ese título, está unido á su casa por lazos de familia. No puede titubear en perseguir, si persistís en colocaros entre Regina y él, pero si desaparecéis del proceso, no existirá ante él más que una niña á quien compadece y respeta; arrojará el velo de la indulgencia de un padre sobre todo, consentirá en no reivindicar nunca la residencia de su mujer en su palacio, le dejará la disposición de su fortuna personal, no le pedirá continúe llevando su nombre en casa de su abuela y separarse del que ha dado demasiado pretexto á la maldad públi-

ca. Los cómplices del rapto serán puestos en libertad tan pronto como el príncipe haya retirado su queja. En cuanto á V., caballero, no le pide más que un largo alejamiento de Roma como precio del sacrificio completo que hace de sus derechos y de su resentimiento. Roma verá, dice, cuál es el más generoso y el más verdaderamente amigo de esta niña, su pretendido tirano que le conserva el honor y le da la posesión de sí misma, ó el joven extranjero que sacrifica á su amor la persona amada.»

»Después de haber hablado así, se han retirado. Me han rogado reflexione solo y sin influencia extraña sobre mi deber y las proposiciones del príncipe y del Gobierno.

.....

»No he reflexionado, he gritado de dolor precipitándome sobre el pavimento de mi prisión... Tenía dos vidas en mi mano: la de

Regina y la mía, ¡he sacrificado la mía!... ¡Que me acuse! ¡que me odie! ¡que me maldiga! ¡no importa! ¡Tú me conoces: cuando un deber está trazado, aun á través del fuego y de la muerte, paso!

»A la hora en que tú recibas esta, habré dejado Roma. Regina podrá volver á entrar allí. Su familia y la sociedad la acogerán como merece ser acogida. Será la dueña de su vida, la gracia de la casa de su abuela, el ídolo en este país de la hermosura. ¡Que ella me olvide! ¡Es Clotilde mismo quien se lo pide por medio de mi voz! Un día por ventura.

»Parto pasado mañana para España, donde voy á entrar de servicio en un regimiento de la guardia real, del que mi tío es coronel. No tiene más pariente que á mí, me llama á su lado, tiene una hija única. Sé que

él alimenta proyectos de unión de familia. No podré amar á nadie después de haber amado lo que la naturaleza animó siempre más perfectamente en la tierra. Me embarcaré para Filipinas; iré hasta donde el nombre de Europa no llegue á perseguirme ya. Perderé mi huella en el Universo. No pienses más en mí; pero piensa, por causa mía, en Regina, y no la abandones ni á ella ni á la condesa en tierra extraña hasta que los dos hermanos de su madre, que salen mañana para traerlas á Roma, hayan llegado á Ginebra.

»Hé aquí tres cartas para ella.

»No le entregues la última, esta despedida mía suprema, sino después de haberla preparado lentamente al golpe que le doy para salvarla.

»Escríbeme una línea á Madrid cuando

haya vuelto un poco á la calma, y dime que no me maldice eternamente.»

El resto de la carta contenía recomendaciones sin fin sobre la manera como yo debía conducirme para evitar un accidente demasiado súbito á Regina.

XXXII.

No puedo menos de aprobar á Salustio, deplorando sin embargo, la fatal necesidad en que se hallaba de hacer sufrir al corazón de Regina inmolando su propio corazón. No la había consultado. ¿Quién sabe si ella no hubiera preferido mil veces el destierro con él, á la libertad y la fortuna sin él? Este deber que cumplía tan cruelmente era, pues, arbitrario. ¡Se hacía á la vez juez y sacrificador sin interrogar á la víctima! ¡Y, sin embargo, el

sacrificio era pedido por la delicadeza, el honor, la virtud, el amor mismo! Mi razón se turbaba ante una situación semejante.



XXXIII.

UANDO llegué á Nyon, mi rostro estaba tan desconcertado por la horrible revelación que tenía que hacer, que no tuve necesidad de hablar. Las mujeres que aman tienen una mirada que todo lo atraviesa. Antes que hubiese dicho una palabra ¡Regina lo sabía!... Traté de negar, prolongar la incertidumbre, decir que no había encontrado cartas en Ginebra, que regresaría al día siguiente para alcanzar el correo de Roma. Mi fisonomía mentía. Regina no se engañó ni un minuto. La fría

razón que encontraba, hacía algún tiempo, en las expresiones de Salustio, la hubieron medio alumbrado. Se precipitó sobre mí para buscar bajo mi ropa el paquete que yo me obstinaba en esconder. Lo asió, leyó lentamente la primera línea de la carta que me había dirigido, y con estas solas palabras:— «¡He hecho mi deber!» arrojó un grito de indignación y de cólera cuya vibración jamás he escuchado más que en el rugido de una leona.

—«¡Vilta!»—exclamó arrojando lejos de ella la carta que le había dirigido sin querer ni aun romperla.—¡Volvedle á enviar su adiós!—me dijo en italiano.—¡No quiero nada de él, ni siquiera el sacrificio de su vida por la mía! ¿Le pertenezco yo acaso, para que se haya creído autorizado á sacrificarme con el mismo golpe con que él se sacrificaba? ¡Crueldad y cobardía! ¡Cobardía

y crueldad!—gritaba pisoteando las cartas manchadas de arena y lodo bajo sus piés. ¡Crueldad y cobardía, de la cual no quiero ver ni una imagen ni un rasgo alrededor mío! ¡No, no! ¡No era digno del movimiento de una pestaña de una romana! ¡Que vaya á amar á las hijas de nieve y espuma de mar de su país!—¡No quiero ya nada de él! Ni su nombre,—me dijo últimamente lanzando una soberbia mirada de mandato y sin réplica.

Diciendo estas palabras, saltó, mejor que corrió, hacia la escalera, subió á su cuarto, abrió su ventana, y, con los cabellos esparcidos, los brazos levantados por encima de su cabeza, volviéndose del lado de las montañas de Italia, prorrumpió en una imprecación entrecortada de sollozos, como si creyese que su voz podía ser escuchada por su amante en Roma, y arrojó con un gesto

desesperado en el jardín todas las cartas, todos los cabellos, todas las reliquias, todos los recuerdos mutuos de su amor para Salustio. Después, llamando á su nodriza:

—¡Baglia!—la gritó.—¡Ve á recoger todo aquello y échalo en lo más profundo del lago, después de haberlo atado con una piedra, para que las olas no vuelvan jamás ni un resto á la luz del día! ¡Quisiera disipar los seis meses de amor y de delirio que he tenido por él!

La nodriza obedeció murmurando é indignándose como Regina, con la cual parecía compartir toda la cólera. La pobre condesa Livia, pálida y muda, sollozaba sobre el canapé, agitada entre la alegría de recordar á su hija sola, y la vergüenza de verla abandonada por su amante.

Regina, después de este acceso de rabia, se echó en su lecho y pasó dos días, sin

querer aparecer, entre los brazos de su nodriza, que trataba vanamente de calmarla. Encontré dos ó tres veces á esta mujer en la escalera y la pedí noticias de Regina.

—Recobra su corazón—me dijo la transteverina en italiano,—y curará su cólera con el desprecio. ¡Si fuera yo, lo hubiera curado con sangre!

La nodriza parecía mirar como la más sangrienta de las afrentas la generosidad de Salustio. Y cuando la pronuncié esta palabra:

—¡No, no, no,—me decía,—caballero, no hay generosidad contra el amor! Cuando se ama en mi país, se ama y no se sabe otra cosa. Ustedes, los franceses, no comprenden la virtud de un corazón del Tíber; el agua de vuestro país deslava el corazón. ¡Un romano habría arruinado y deshonorado á mi joven ama, pero la hubiera amado hasta la sangre!

¡Yo le desprecio, marchad!



XXXIV.

Al tercer día, Regina reapareció por fin más pálida y tranquila. Viéndome en el jardín se aproximó á mí con el dedo en la boca, para decirme con este signo no despertase nunca el nombre en su oído. Parecía profundamente impresionada y hasta conmovida por la expresión de tristeza y ansiedad con que se había cambiado mi rostro desde hacía tres días y tres noches.

—No os causéis tanta pena por mí,—me dijo apretándome la mano y mirando con

una expresión de solicitud y confianza que decía millares de cosas indecisas en su pensamiento;—su mano ha arrancado el dardo de mi corazón; ¡estoy curada! Sobre la tumba de Clotilde no era Clotilde á quien había encontrado, ¡era su fantasma! ¡Este se ha desvanecido! ¡No, no era el hermano de Clotilde; tenía sus facciones, pero no su corazón!

Después dejando caer mi mano y volviéndose con vivacidad para alejarse de mí y continuar su camino hacia el lago:

—¡Es V. quien hubiera tenido su corazón!—dijo más bajo.

Por la tarde, me rogó la llevase bien lejos á fatigarse en la montaña, para volver á recobrar á fuerza de laxitud un poco de sueño.

La obedecí. Fuimos desde las dos de la tarde hasta cerca del anochecer por las viñas,

por los barrancos y bajo los castañares que crecen abundantes al pié del Jura.

Sus tíos, que habían llegado á Ginebra, debían venir por ella el día siguiente para llevarla á Roma por el camino de Valais y Milán. Parecía querer prolongar el mayor tiempo posible la última jornada que le quedaba de pasar conmigo. Era tan joven, tan hermosa, estaba tan penetrada por los rayos dorados del sol, tan incorporada al cuadro maravilloso del cielo, los bosques, las aguas, en la cual la veía deslumbrarme y donde iba á verla desaparecer; era tan joven y tan sensible á aquella hermosura yo mismo que, si no hubiera estado defendida por dos sombras que se interponían entre nosotros (la de*** y la de Salustio), no habría podido resistir á su deslumbramiento y hubiese puesto mi corazón bajo sus piés, como las hojas caídas del árbol que hollaba andando.

Hasta parecía apercibirse de ello y buscar voluntariamente, mejor que huir, los encuentros de miradas ó palabras que hubieran podido traer una confesión ó una explosión de nuestros dos corazones.

Una penosa incertidumbre pesaba sobre nuestra conversación. La llevé hasta el patio de la casa, donde la sombra de los plátanos y de los muros aumentaba la oscuridad, sin haber esclarecido con una palabra lo que pasaba entre ella y yo. Debía partir por la noche. Se paró y volviéndose hacia mí antes de subir los primeros escalones de la gradería:

—¿Es que no volveréis jamás á Roma?— me dijo con una voz que temblaba de antemano por lo que iba á responderla.

—No—respondí;—no soy libre en mis pasos.

—¿Y en dónde estaréis este invierno?

—En París—la dije.

Entonces, tomándome por última vez la mano:

—Pues bien, ¡yo soy libre—dijo—é iré allí!

Comprendí el acento de resolución inflexible y apasionado con el cual pronunció esta especie de juramento interno para vernos otra vez.

—No—la respondí—no iréis allí nunca.

—Iré—dijo.

La noche fué triste y silenciosa en el salón de la condesa Livia, como entre amigos la víspera de una separación eterna.

En el invierno siguiente, recibí en París un billete de Regina que me manifestaba haber llegado con su abuela, que habían ido, bajo el cuidado de uno de los tíos de la joven princesa, al hotel de***

Nos volvimos á ver en París.

FIN.

UNIVERSIDAD DE MADRID
BIBLIOTECA
ALFONSO
1525.21161

